ELLO DE PORTUGAL

MARI-BEL

TRES ACTOS

50 cts.

Cubierta de este número:

Hortensia Gelabert

y

F. Fernández de Córdoba

en una escena de

MARI-BEL

6731

MARI-BEL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podr
sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España
los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebre
en adelante, tratados internacionales de propiedad lite
raria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad d
Autores Españoles* son los encargados, exclusivamente, d
conceder o negar el permiso de representación y del co
bro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de repr
duction reservés pour tous les pays y compris la Suec
la Norvége et la Hollande.

Copyright by Rafael Coello de Portugal, 1931.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

RAFAEL COELLO DE PORTUGAL

MARI-BEL

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Alkázar, de Madrid, el 12 de marzo de 1931.

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO

LA FARSA

AÑO V | 25 DE ABRIL DE 1931 | NÚM. 189
MADRID

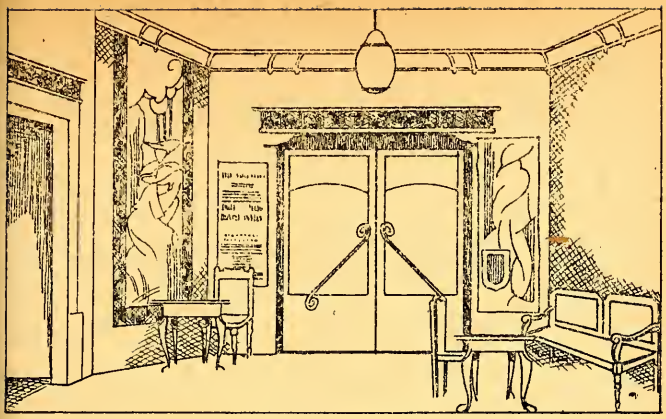
A mi nieta mayor, Isabel de Cárdenas y Coello de Portugal, con un abrazo de su ya viejo abuelo,

RAFAEL

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Mari-Bel	Hortensia Gelabert (25 años).
Ignacia	Elisa Sánchez (45 años).
Doña Rita	Honorina Fernández (60 años).
Luisita Aznar	María Luisa Gámez (23 años).
Rosa	Elisa Hernández (25 años.)
Javier Baramendi	Juan Bonafé (55 años).
Zabala	F. Fernández de Córdoba (30 años).
Pololo Montesa	Paco Gallego (25 a 30 años).
Menéndez	Ignacio Evans (40 a 45 años).
Navascués	Alfonso N. Candel (30 años).
Ramuncho	Gonzalo Lloréns (40 años).
Aguirregoitia	Miguel Gómez (30 a 40 años).
Aróstegui	Gómez del Castillo (60 años).
Pepe	A. Antón (25 a 30 años).
Guillermo	Guillermo Figueras (25 a 30 años).
Juanito	José M. Nosti (22 años).
Acomodador 1.º	José Martínez (40 años).
Idem 2.º	Antonio Antón (35 años).

La acción de los tres actos en Pamplona. Epoca actual. Por derecha e izquierda, entiéndase las del actor.



ACTO PRIMERO

Sala de visitas en la planta baja de un buen hotel. Al foro, puerta de dos hojas, con cristales opacos, que da salida directa a una calle con árboles. Las dos hojas tendrán muelles para que estén cerradas, siempre que no se haga la indicación de abrirlas. A los lados de la puerta, fijos en la pared, dos carteles: el de unas ferias de San Vermín en Pamplona (que si no puede encontrarse, no hay inconveniente en que sea sustituído por el de cualquier otra feria, con dibujos de toros, pero cambiando rótulos de población y fechas, poniendo los de Pamplona y fecha del 7 de julio), y otro, impreso o pintado, que en letras grandes, legibles para el público, diga lo siguiente: "TEATRO PRINCIPAL—Función para el lunes, 24 de julio.—A beneficio de la—CLINICA GRATUITA—para niños pobres—que dirige el Dr. Zabala—y organizada por la—J. A. de la J. A.—GRAN CONCIERTO—por la banda de esta capital—y por el Orfeón de Tafalla.—La notabilísima *vedette*—del Casino de Bellevue, de Biarritz—MARIE BELLE—(en su repertorio).—Las tres bailarinas—LAS MOSCAS VOLADORAS—A las diez de la noche." (Las iniciales J. A. J. A. y el nombre de MARIE BELLE, en letras mayores y color rojo, para que destaquen y se vean mejor). En la pared derecha (del actor) otra puerta de cristales, que se supone comunica con el vestíbulo. Al lado izquierdo, tresillo de sofá y dos silloncitos, de junco esmaltado, con almohadones de tela clara. Delante del sofá, un velador con revistas y periódicos. Otros silloncitos y sillas volantes, repartidos por la habitación. Es de día.

IGNACIA y LUISITA, sentadas a la derecha y JAVIER paseando y fumando. Visten, las señoras, elegantes trajes veraniegos, con sombreros; el frégoli de Javier sobre el velador.

609147

IGNACIA.—(*A poco de descorrerse el telón, se levanta, abre una de las hojas de la puerta del foro y mira hacia su izquierda, impaciente y nerviosa.*) ¡Nada! (*Vuelve al proscenio.*) ¿Qué hora es ya, Javier?

JAVIER.—Cinco minutos más tarde que cuando me lo pregun. taste la última vez. (*Se detiene y mira su reloj.*) Justo: las siete menos cuarto, porque me lo preguntas cada cinco minutos.

IGNACIA.—¡Y la función anunciada para las diez!

LUISITA.—(*Se levanta también.*) ¡Para las diez!

JAVIER.—Bueno, faltan tres horas largas.

IGNACIA.—Larga la que llevamos esperando en este hotel (*Se sienta.*)

LUISITA.—Larguísima, Ignacia.

JAVIER.—Y bien, ya no puede tardar. No hay que impacientarse.

IGNACIA.—(*Breve pausa. A Javier.*) ¿Quieres tú asomarte otra vez?

JAVIER.—(*El mismo juego de asomarse a la puerta del foro.*) Nada, mujer. (*Vuelve al proscenio.*) Además, ¿no tenemos apostado a Ramuncho en el saliente de la Ciudadela?

IGNACIA.—Sí. Pero también tenemos apostado—es decir, tengo apostado yo—un almuerzo con la marquesa a que esa dichosa *divette* estaría en Pamplona antes de la siete. Y ya ves lo que falta... (*Se levanta.*) Aunque lo de menos era perder la apuesta.

LUISITA.—Lo de menos, dice usted muy bien.

IGNACIA.—Lo horrible serían el fracaso y la plancha.

LUISITA.—Eso, la plancha y el fracaso.

JAVIER.—(*Riendo.*) ¿No se me enfadará, amiga Luisita, le digo que parece usted el eco de mi mujer?

LUISITA.—(*Algo picada.*) ¡Y a mucha honra! Estamos tan compenetradas...

IGNACIA.—(*A Javier y haciendo un mimo en la cara a Luisita.*) Realmente esta muchacha es una *vice* ideal.

LUISITA.—Con tal presidenta...

IGNACIA.—(*Vuelve a asomarse.*) No quiero pensar que le haya ocurrido algo en el camino.

JAVIER.—(*Burlón. Se sienta.*) Pues no lo pienses.

LUISITA.—Cuando se viaja en automóvil, todo es posible.

JAVIER.—Lo que pasa es que no habrá salido de Biarritz a tres de las cuatro. De Biarritz a Pamplona habrá unos doscientos kilómetros... En su auto se planta aquí en tres horas.

porque una artista extranjera que se hace pagar de ese modo tendrá un coche estupendo.

LUISITA.—¡Oh, sí! Mi hermano me escribió que vive allí en un tren...

IGNACIA.—Pues en un tren debía haber venido. Es más seguro. Y cuando se tiene un contrato que cumplir... Un contrato, Javier, es una cosa muy seria.

JAVIER.—(*Se levanta.*) Muy seria, sí, pero como esa Marie Belle debe de ser un poquillo alegre...

IGNACIA.—No te rías, hombre. Ves lo nerviosa que estoy...

LUISITA.—Que estamos.

IGNACIA.—(*Con intención.*) En cuanto a que sea seria o alegre, no te importa. O no debe importarte. ¿Me entiendes?

JAVIER.—¡Vaya si te entiendo!

AGUIRREGOITIA.—(*Por la izquierda. Es el gerente del Hotel, persona fina.*) La marquesa de la Sierra de Leire acaba de telefonear preguntando, por segunda vez, si ha venido esa artista francesa.

IGNACIA.—(*A Javier.*) ¡La marquesa! ¿Lo ves? (*Al gerente.*) ¿Y usted?...

AGUIRREGOITIA.—He contestado la verdad: Que la esperamos de un momento a otro.

IGNACIA.—Muy bien.

LUISITA.—Perfectamente.

(*Medio mutis del gerente.*)

IGNACIA.—¡Ah, Aguirregoitia! ¿Mandó usted subir a las habitaciones preparadas para la artista los paquetes que antes le dí?

AGUIRREGOITIA.—Encima los dejé de ese mundo grande que envió por el tren de esta mañana. Y yo mismo he colocado también en el cuarto de baño las pastillas de jabón, y en el gabinete las pastillas de clorato.

JAVIER.—(*Que había vuelto a sus paseos, se detiene, extrañado.*) ¿De clorato?

IGNACIA.—Naturalmente. Por si con el viaje y el calor trae irritada la garganta. Hay que estar en todo.

LUISITA.—(*Aduladora.*) Y en todo está. Lo dicho: con una presidenta así...

IGNACIA.—(*Complacida.*) Gracias, Luisita. ¿Quieres hacerme el favor de dar otra vuelta por arriba, con el gerente? Ver si falta algo...

LUISITA.—Con mucho gusto. Aunque no creo... Flores pusimos antes...

AGUIRREGOITIA.—(*Marca de nuevo el mutis, abriendo la puer-*

ta de la derecha, para dar antes paso a Luisita.) ¡Ah! La señora marquesa ha añadido que le perdonemos la insistencia pero es para mandar sacar o no el palco del teatro (*Vanse Luisita y el gerente.*)

IGNACIA.—Esa es otra: Que todo el mundo se está reservando para última hora. Los cuplés y los monólogos de la *Belle* y la esperanza de que sea tan *belle* y tan graciosa como la fama cuenta, son el *clou* de la función de hoy.

JAVIER.—(*Mirada al cartel.*) Es que el resto del programa, con tu permiso, con el de tu *vice* y con el de toda tu Junta, os ha resultado algo deficientillo. La banda de aquí y el orfeón de Tafalla. Si *te falla* la Mary-Bell...

IGNACIA.—Te he dicho que no estoy para bromas. (*Vuelve a asomarse al foro y torna al proscenio.*) Bueno, también tenemos, y esas ya están aquí, a las tres bailarinas del Kursal de San Sebastián, "Las moscas voladoras."

JAVIER.—Buen *puñao* son tres moscas.

IGNACIA.—Mira, lo mejor que podías hacer era marcharte. Con tus chistes imbéciles me atacas más los nervios.

JAVIER.—(*Siempre burlón.*) Es decir, ¿que ni siquiera agradeces mi compañía en la hora de la tribulación? Así sois las mujeres.

IGNACIA.—No, así sois los hombres. Porque lo que tú quieres, y por eso has venido, es ver antes que a nadie a la prójima esa.

JAVIER.—(*En tono de protesta.*) ¡Ignacia!...

IGNACIA.—El que no te conozca, ¡que te compre.

ZABALA.—(*Por la derecha. Sombrero en la mano, que deja sobre una silla.*) Nada aún, ya me han dicho...

(*Se sientan los tres.*)

IGNACIA.—Aquí seguimos, consumida la paciencia.

ZABALA.—Pues en el teatro, igual también. Los músicos, sentados ante sus atriles y esperando a la artista para ensayar.

JAVIER.—(*A Ignacia.*) Y tendréis que pagarles estas horas extraordinarias de trabajo.

IGNACIA.—¡Vaya un trabajo! Esperar sentados...

ZABALA.—Y lo peor: En la taquilla, lo mismo también. No pasamos de cuatrocientas pesetas.

IGNACIA.—¿Cuatrocientas pesetas nada más? ¡Qué desastre!

JAVIER.—Poco es, realmente.

IGNACIA.—(*Se levanta, y los hombres enseguida.*) ¡Y que se descuidarán esas brujas en correr por todo Pamplona que no ha venido todavía!

ZABALA.—(*Extrañeza.*) ¿Qué brujas, señora?

IGNACIA.—La marquesa de Leire y su pandilla.

JAVIER.—Sí, hombre de Dios. ¿Pero es que aún no se dió usted cuenta de la guerra civil que ha estallado entre los bandos femeninos de esta capital? La de Leire, mi joven y querido doctor, gozaba hasta ahora la patente, que se había otorgado ella misma, de ser aquí la única organizadora de estos beneficios y funciones de caridad. La creación de la nueva junta presidida por ésta (*Señalando a Ignacia.*) le ha sentado como un tiro.

IGNACIA.—Y ella y sus amigas nos hacen una guerra... (*Transición.*) Y, luego, la maldita casualidad de esas iniciales. (*Señalando al cartel.*) La jota a de la jota a: Junta auxiliadora de la juventud abandonada. Pero que resulta la "Ja, Ja". ¡Mire que no habernos fijado! Y dicen que hay que reírse.

ZABALA.—No haga usted caso, Ignacia.

IGNACIA.—También nos llaman "las del Comercio". Tú (*a Javier*) no eres comerciante, que eres banquero. Pues para ellas igual. Y Luisita, mi vice, ya ve usted, hija del primer contribuyente de Sangüesa. ¿Porque no seamos tan linajudas y tan "apergaminadas" como esas señoronas vamos a tener menos caridad?

JAVIER.—Mira, eso de "apergaminadas", si va por el vestiglo de la marquesa no está mal. Aunque no sea mucha caridad.

IGNACIA.—(*Vuelve a atisbar por la puerta del foro.*) ¡Dios mío! ¡Dios mío! (*Al proscenio.*) ¡Qué alegría para todas si no se pudiese dar esta función!

ZABALA.—Sin embargo, me parece muy fuerte. Por tan mezquina rivalidad, ¿van a desear que fracase un pensamiento tan hermoso?

IGNACIA.—¡Bah! No las conoce. (*Sale un momento afuera, por la puerta del foro.*)

JAVIER.—Usted, amigo mío, es un inocentón, un niño grande. metido siempre en su clínica, sacrificando su juventud y sus intereses, y renunciando a crearse una familia y un hogar por atender a sus pobres golfillos, enfermos y raquíticos, no sabe de estas otras lacras y miserias que tiene también la humanidad. Humanidad, a veces, bastante inhumana.

ZABALA.—¡Pobres enfermitos míos! Por ellos, amigo Beramendi, sentiría yo que fracasase la noble idea de su señora. Y que nuestros planes eran bien modestos: el alquiler de un pabelloncito independiente, la adquisición de un poco de instrumental y material de curación modernos...

IGNACIA.—(*Vuelve precipitadamente a escena.*) ¡Ramuncho! (*No suelta la puerta. Se asoma otra vez y mira hacia el lado izquierda.*) ¡Aquí! ¡Entra por aquí! (*Con gran ansiedad, precipitándose los tres al encuentro de RAMUNCHO, que llega por la puerta del foro.*) ¿Viene alguien?

JAVIER.—¿Viste algo?

RAMUNCHO.—(*Es un criado, bastante tosco y cerril, de los señores de Beramendi. Viste traje oscuro y da vueltas en las manos a una diminuta boina negra. En bandolera, un estuche de gemelos grandes de campaña. Habla con acento vasconavarro muy marcado.*) Sí vide. Un automovil, abierto, parau en camino, antes de escomenzar la cuesta, buen rato que haser ya.

ZABALA.—¿Un auto?

IGNACIA.—¿Parado?

JAVIER.—Pero, ¿venía por la carretera de Francia?

RAMUNCHO.—Sí. Del lau de Lecumberri ya venía, corriendo y chuflando a mejor no poder. De pronto, paráu seco. y ahí quedar. Chufer, tendido suelo, igual que sapo.

IGNACIA.—¡Jesús!

ZABALA.—¡Una desgracia!

RAMUNCHO.—¡Quia! Tendido suelo pa ver por dentro tripas de motor.

IGNACIA.—(*Respirando fuerte.*) ¡Ah!

RAMUNCHO.—Una bujía que apagarse, o algo que ruemper, o así, digo yo.

JAVIER.—¿Y viste si dentro viene alguna señora?

RAMUNCHO.—(*Señalando el estuche de gemelos que lleva colgado.*) Con catalejo que me dió, ya miré. Mujeres, dos paresen, aunque metidas en coche, no pudiendo verles faldas, y con estas modas de fantasía de ahora de quitar moños y poner chaquetas, poca diferensia de hombres haser.

ZABALA.—Lo malo es que dos...

IGNACIA.—Sí, avisó que traería a su doncella.

ZABALA.—¡Ah!

RAMUNCHO.—Sí, donsella ser ya podría, pero con esto no conoser tanto. (*Por los gemelos.*) Hansia adaquí, un señorito joveno, a pata ya llegar.

LUISITA.—(*Entrando por la derecha con AGUIRREGOITIA. Ansiedad, al ver a Ramuncho.*) ¿Qué? ¿Se sabe algo?

AGUIRREGOITIA.—¿Viene?

IGNACIA.—Seguro, no. Tal vez... (*Habla en voz baja con los dos.*)

JAVIER.—Debiste bajar a la Vega e informarte mejor.

RAMUNCHO.—Si franseses, como disen, son, malas entendede-
s tener.
JAVIER.—(*Riendo.*) Sí, y con tus *habladeras*, menos.
POLOLO.—(*Por la derecha. Es un muchacho elegante. Traje de
rano y gorra de yatchman.*) El gerente... Me han dicho...
AGUIRREGOITIA.—(*Se le acerca.*) Servidor.
POLOLO.—(*Se quita la gorra.*) Con permiso... (*Habla con el
erente*).
RAMUNCHO.—(*A Ignacia.*) El joveno.
POLOLO.—Si. Dónde encontrar un auto. Tuvimos ahí una
vería...
JAVIER.—(*Todo muy rápido, pisándose los actores la palabra.*)
n momento.
POLOLO.—Sólo para subir a la población. Veniamos de Bia-
ritz...
IGNACIA.—(*Muy contenta. Con gran emoción y ansiedad en to
os.*) ¿De Biarritz?
ZABALA.—¿Entonces?
LUISITA.—¿Acaso...?
POLOLO.—Maribel quería subir a pie, pero...
IGNACIA.—(*Respirando muy fuerte.*) ¡Marie Belle! (*Pronúncie-
siempre Mari Bel.*)
POLOLO.—La dueña del coche.
JAVIER.—(*Muy contentos todos.*) Ya, ya...
IGNACIA.—¿Y no le ocurrió nada?
POLOLO.—¿A quién?
IGNACIA.—A ella.
POLOLO.—No. Ni a nadie. Fué una biela fundida.
LUISITA.—¡Gracias a Dios!
IGNACIA.—¡Cuánto nos alegramos!
POLOLO.—¿De que se haya fundido la biela?
JAVIER.—Hombre, no. De que no haya ocurrido novedad.
POLOLO.—(*Que no entiende nada.*) Muy amables...
JAVIER.—Claro, usted no comprende... (*Señalando a Ignacia.*)
li mujer es la señora de Beramendi. Beramendi, por lo tanto,
oy yo. De la casa de Banca Beramendi y Compañía.
POLOLO.—(*Sigue sin comprender. Da la mano a Javier.*) Tan-
o gusto...
IGNACIA.—La presidenta de la Junta Auxiliadora...
POLOLO.—¿Auxiliadora? ¡Acabáramos! Muy señora mía. (*El
ismo juego.*)
LUISITA.—Y servidora la vicepresidenta. (*Idem.*)

JAVIER.—Por eso, al decir usted que les había ocurrido un accidente...

POLOLO.—Sí, sí. Comprendido.

JAVIER.—(*Señalando a Zabala.*) Precisamente, el señor es el médico de la clínica. (*Se saludan con inclinación de cabeza.*)

POLOLO.—Pues nada, felizmente...

IGNACIA.—Lo que siento es no tener aquí *mi* coche. Ramuncho, pídelo a nuestro *garage* por teléfono. (*Vase Ramuncho por la derecha.*)

POLOLO.—(*Confundido por tanta amabilidad.*) Señora...

AGUIRREGOITIA.—El auto del Hotel debe de haber subido de la estación. (*Se asoma al foro y mira a su izquierda.*) Sí, aquí está. (*Gritando.*) ¡Fermín!

POLOLO.—Bajaré en él. (*Medio mutis hacia la derecha.*)

AGUIRREGOITIA.—(*Señalando la puerta del foro.*) Por aquí más corto.

POLOLO.—(*Al gerente, yéndose con él.*) ¿Tienen habitaciones libres?

IGNACIA.—Diga a esa señorita que todo lo encontrará dispuesto.

POLOLO.—(*Inclinándose ante Ignacia.*) Amabilísima...

(*Vanse Pololo y Aguirregoitia por el foro.*)

LUISITA.—¡Por fin!

IGNACIA.—¡Gracias a Dios!

ZABALA.—Y este "joveno", como dice Ramuncho, ¿quién será?

IGNACIA.—No sé. Mucho me escama. Estas artistas de género ligero suelen ser también tan ligeras...

JAVIER.—El amigo de turno.

LUISITA.—Y es español.

ZABALA.—Algún pollito al que estará desplumando en Biarritz.

LUISITA.—(*A Ignacia.*) ¿Y se alojará también aquí?

IGNACIA.—(*Muy digna.*) ¡Pero no por cuenta de la Junta! Una cosa es que en gracias a nuestros fines nos decidiéramos a contratarla...

LUISITA.—Lo malo es si se entera la marquesa. Con la lengua que tiene...

IGNACIA.—Bueno, a lo que importa. Como tardarán un poco en subir de la Vega, vamos a ganar tiempo. (*A Zabala.*) Usté, al teatro. Un cartel, manuscrito, pegado en la vidriera de la taquilla... (*Vase Zabala por el foro y a la izquierda. A Javier.*) Tú, al Casino, a los cafés. A decirlo por ahí. Corre y que corra.

JAVIER.—(*Coge su sombrero del velador.*) En diez minutos sabe todo Pamplona. Voy y vuelvo.

IGNACIA—¡Claro que volverás! (*Vase Javier por la puerta la derecha. Se asoma Ignacia a la misma.*) ¡Ramuncho!

RAMUNCHO.—(*Saliendo a escena.*) Mande.

IGNACIA.—Que ya no hace falta el coche. Vete a casa. Para s que vayan preguntar allí. Que viene y que hay función.

RAMUNCHO.—(*Muy contento.*) Entonces... ¿debruto?

LUISITA.—¿Qué? (*Vase Ramuncho por la derecha.*)

IGNACIA.—(*Riendo.*) Que debuta. Como hace el papel mudo l Corregidor...

LUISITA.—No me acordaba.

IGNACIA.—Y ahora, yo... ¿Dónde está el teléfono?

LUISITA.—Aquí, en el vestíbulo.

IGNACIA.—Ven. (*Cogiéndola de un brazo.*) Nadie me quita gusto de decírselo yo misma a la marquesa. (*Vanse las dos r la puerta de la izquierda.*)

AGUIRREGOITIA.—(*Después de una brevísima pausa, en que escena está vacía, salen a ella por el foro.*) Pues las dos taban en esta salita hace un momento.

MENENDEZ.—(*Sombrero frégoli, puesto.*) Deje, las esperaré juí. Y así cojo la llegada de la artista.

AGUIRREGOITIA.—Lástima que el periódico de usted no publique grabados, porque una foto al bajar del coche sería teresante.

MENENDEZ.—Y un buen reclamo para el Hotel, ¿verdad?

AGUIRREGOITIA.—Al menos, ya hará el favor de decir que se ospeda aquí...

MENENDEZ.—(*Sonriendo.*) Se dirá, hombre, se dirá.

AGUIRREGOITIA.—Voy a disponer, entonces, que le sirvan n refresquito.

MENENDEZ.—(*Irónico.*) ¿Entonces? ¿Por el reclamo?

AGUIRREGOITIA.—No me sea malicioso, don Enrique. Ya sa- e que usted y su diario son los preferidos en esta casa. ¿Qué e apetece? ¿Un heladito?

MENENDEZ.—Un chico de limón, nada más.

AGUIRREGOITIA.—Diré que se lo sirvan en una mesita de quí fuera. En el paseo. (*Señalando al foro. Medio mutis or él.*)

MENENDEZ.—¿De *El Eco* no habrá venido nadie?

AGUIRREGOITIA.—Periodistas, usted es el primero.

MENENDEZ.—Me alegro. Navascués estará jugando su partida de mus en el Casino.

AGUIRREGOITIA.—(*Riendo su propio chiste.*) Pues esta vez

le ha ganado usted la partida. (*Al ver entrar a Ignacia y Luisita por la puerta de la derecha.*) ¡Ah! Aquí las tiene.

IGNACIA.—(*Viene hablando con Luisita.*) Se advertía su rabia en lo seco de la contestación.

LUISITA.—Y que como no han dado las siete, le ganamos hasta el almuerzo.

AGUIRREGOITIA.—Don Enrique Menéndez, el redactor de *La Voz*, ya le conocen. Cronista de salones.

IGNACIA.—(*Extremando su amabilidad.*) El amigo Menéndez, ya lo creo. (*Le da la mano.*) ¿Qué tal desde ayer?

MENENDEZ.—(*Se quita el sombrero, que deja sobre el velador. Aguirregoitia se va por el foro.*) Muy bien.

MENENDEZ.—Mi enhorabuena. Hallé al señor Beramendi, que salía...

IGNACIA.—Pues, sí. La recibo y la agradezco.

MENENDEZ.—(*Dando la mano a Luisita.*) Encantadora Luisita... ¿Su papá, bien?

LUISITA.—Muy bien. La recibimos y la agradecemos.

MENENDEZ.—Querría de la amabilidad de ustedes algunos datos más...

IGNACIA.—Con mucho gusto.

MENENDEZ.—(*Saca de sus bolsillos cuartillas y una estilográfica.*) Es para completar nuestra información de ayer.

IGNACIA.—(*Se sientan los tres. De pronto.*) A propósito, algo que se me está ocurriendo...

MENENDEZ.—Usted dirá...

IGNACIA.—Para deshacer ciertas campañas, que acaso usted ignora...

MENENDEZ.—Enterado de todo, señora

IGNACIA.—Pues bien,como nos interesa hacer saber en seguida que Marie Belle viene y que hay función, pienso si sería oportuno que su diario de usted tirase ahora mismo una hojita con la noticia.

LUISITA.—¡Gran idea! Un extraordinario.

MENENDEZ.—(*Sonriendo.*) Para eso, la verdad, no me parece suficiente motivo.

IGNACIA.—(*Contrariada.*) ¿Cree usted?

MENENDEZ.—Sí. Sería dar dos cuartos al pregonero.

LUISITA.—(*De pronto.*) ¿Y este?

MENENDEZ.—¿Quién?

LUISITA.—(*Consultando con la mirada a Ignacia.*) El pregonero. Era lo más rápido.

IGNACIA.—Por Dios Luisita, así sólo se anuncia en Navarra la llegada del pescado fresco.

MENENDEZ.—Justo. Y aunque se trate de la llegada de una artista de varietés...

LUISITA.—Pues en Sangüesa ya se anuncian así las funciones de títeres.

IGNACIA.—No, no. Nos lo criticarían seguramente en la tertulia consabida.

MENENDEZ.—Lo que sí puedo hacer, en su obsequio, es adelantar un poco la salida de nuestro número de esta noche. Precisamente, ahora viene un chico de la imprenta, para llevarse estas cuartillas.

IGNACIA.—Agradecidísimas.

MENENDEZ.—Dos preguntas, nada más. ¿Qué eligió, al fin, la Junta, entre los cuplés que envió la artista. Porque he visto que en los carteles sólo dice: "Marie Belle en su repertorio".

IGNACIA.—Pues, la Junta... Bueno, esta y yo, que somos las que lo hacemos todo...

MENENDEZ. Lo sé, y ya les doy un bombito especial.

IGNACIA.—(*Muy expresiva.*) Gracias, Enrique.

LUISITA.—(*Idem.*) Muchas gracias.

IGNACIA.—Esta mañana hemos estado viendo...

LUISITA.—Ha visto ella. Yo, metida hasta ahora en el campo, he practicado poco el francés.

IGNACIA.—¡Pero qué francés el de esas canciones! Un *argot* imposible. Jerga del *boulevard*. Yo misma me he quedado sin entender casi la mitad.

MENENDEZ. —(*Irónico.*) Felizmente al público le ocurrirá lo propio.

IGNACIA.—Elegí, sin embargo, lo que me pareció más decentito. Estos navarros, y con razón, son tan mirados...

LUISITA.—Lo malo, de darle los títulos, es que los papeles los tienen los músicos en el teatro.

IGNACIA.—El que puede apuntar es el del monólogo que va a recitar en castellano.

MENENDEZ.—¿En castellano? Eso es interesante. (*Escribe en las cuartillas, sobre el velador.*)

IGNACIA.—Sí; en Biarritz, lo representa indistintamente en francés y en español. Como allí veranean tantos españoles y sudamericanos... Se llama *La Maîtresse*... "La querida del toreador". Pero ponga usted "La novia del torero". Estos navarros... Lo dirá en un chapurrado imposible, pero creo que es en lo que obtiene sus mayores éxitos.

LUISITA.—De Biarritz me escribió mi hermano que estaba haciendo furor.

IGNACIA.—Y por eso, queriendo un número de fuerza y novedad que nos llenase el teatro, le encargó ésta que nos la contratase. Porque, no crea usted: dos mil pesetas que le cuesta a la Junta.

MENENDEZ.—¿Esto podrá también decirse? (*Sigue apuntando.*)

IGNACIA.—¿Por qué no? Lo que es si el teatro no se nos llena...

LUISITA.—Y, además, los gastos de fonda.

MENENDEZ.—Muy bien. Dos líneas, para cerrar la información...

AGUIRREGOITIA.—(*Por la puerta del foro.*) Ya están ahí.

IGNACIA.—(*Se levanta bruscamente.*) ¿Ella?

LUISITA.—(*Idem.*) ¿Viene?

AGUIRREGOITIA.—Aun no. Era para decir al señor que ahí tiene sus dos chicos.

MENENDEZ.—(*Levantando la vista de las cuartillas, extrañado.*) ¿Mis dos chicos?

AGUIRREGOITIA.—En el vestíbulo el chico de la imprenta, y aquí fuera el chico de limón.

MENENDEZ.—Hombre, no está mal. Despacharé primero al de la imprenta. (*Sigue escribiendo.*)

AGUIRREGOITIA.—(*Se asoma a bastidores, por la puerta de la derecha.*) ¡Muchacho!

CHICO.—(*Saliendo. Blusa y boina*) Mande usté.

MENENDEZ.—(*Se levanta, y lee lo que figura acaba de escribir.*) Vean el final: "En el momento de cerrar nuestra edición está llegando el coche que trae a la esperada artista. Recíbenla en nuestro espléndido Hotel Continental..." (*Mirada a Aguirregoitia.*)

AGUIRREGOITIA.—(*Complacido.*) Gracias.

MENÉNDEZ.—"...en digna representación de la J. A. de la J. A...."

IGNACIA—(*Vivamente.*) ¡No! ¡Iniciales, no!

LUISITA.—¡Por Dios, Menéndez...!

MENENDEZ.—¡Ah, sí... (*Escribe, de pie.*) "De la Junta Auxiliadora de la Juventud Abandonada..."

IGNACIA.—Y mejor, "de la Junta" sólo.

MENÉNDEZ.—(*Tacha.*) Como quieran. (*Lee.*) "...en digna representación de la Junta, nuestra distinguida y bella amiga, la señora de Beramendi..."

IGNACIA.—Gracias.

MENÉNDEZ.—"...y la encantadora y espiritual señorita de Aznar".

LUISITA.—Muchas gracias.

MENÉNDEZ.—"Mañana daremos más detalles". (*Da la cuartilla al chico.*) A la imprenta, a escape. Que cierren y que tiren. *Vase el chico.*)

AGUIRREGOITIA.—(*A Menéndez.*) Bueno, ha venido ahora Navascués, el de "El Eco", y también tengo que obsequiarle.

MENÉNDEZ.—Claro, hombre. (*A las señoras.*) Lo que les suplico, si le hablan, es que no le den los detalles que a mí.

IGNACIA.—Descuide, amigo mío.

MENÉNDEZ.—Mil gracias.

IGNACIA.—Otro ruego para usted y su compañero: que al llegar la artista, no se echen enseguida encima de ella. Vamos, que no me la atosiguen.

MENÉNDEZ.—Comprendido. Dejaremos a ustedes los primeros honores del recibimiento. (*Vase por el foro.*)

AGUIRREGOITIA.—(*Que iba a seguir a Menéndez, se vuelve.*) Me olvidaba. Navascués, que acaba de pasar por la taquilla del teatro,dice que estaban haciendo cola.

IGNACIA.—¿Para pegar el aviso?

AGUIRREGOITIA.—¡Para tomar billetes! (*Vase.*)

IGNACIA.—(*Muy contenta.*) ¡Cola, Luisita! ¿Has oído?

LUISITA.—En cuanto ha empezado a saberse.

IGNACIA.—Yo creo que aún venderemos casi todo el teatro.

LUISITA.—No lo dude usted.

IGNACIA.—¡Ah, señora marquesa de la Sierra de Leire! Muy alta estás, pero esta vez te damos en la cresta.

LUISITA.—¿Qué le parecería a usted que, al bajar del coche, le ofreciésemos un ramo de flores?

IGNACIA.—¡Magnífico! O mejor, dos. Dos ramos. Uno cada una.

LUISITA.—Corro a bajarlos de su cuarto. (*Riente, feliz.*) Y aún dirá su marido que no tengo ninguna iniciativa. (*Vase de prisa, por la derecha, cruzándose con Ramuncho, que sale.*)

IGNACIA.—¡"Las del Comercio"! A ver el detallito...

RAMUNCHO.—(*Después de haberse ido Luisita, saca un sobre de telefonema de su bolsillo.*) Señora, esto del teléfono. que trajeron a casa.

IGNACIA.—¿Para mí o para el señor?

RAMUNCHO.—Pa usté. (*Se lo da.*)

IGNACIA.—(*Rompe el sobre y saca el despacho.*) De ella, anunciando la salida. (*Mira la firma.*) Justo: "Marie Belle". (*Lee para sí y se altera visiblemente.*) ¿Eh?... ¡Jesús! (*Vacilante, dudosa.*) Entonces... ¡Luisa, Luisita! (*Vase por la derecha.*) ¡Dios mío!

RAMUNCHO.—(*Aturdido, mirando por el cristal de la puerta por la que se fué Ignacia.*) ¿Qué pasa? A lo mejor, habrá surgido de morirse alguno de familia.

AGUIRREGOITIA.—(*Por el foro.*) ¡Ya! ¡Ya está ahi! ¿Y tu ama?

RAMUNCHO.—Por la escalera va, llamando a voces a doña Luisita.

AGUIRREGOITIA.—Hora y media esperándola, y ahora la tengo que recibir yo solo.

RAMUNCHO.—Yo me iré, digo...

AGUIRREGOITIA.—Haz lo que quieras. (*Ramuncho se va por la derecha. Aguirregoitia abre las dos hojas de la puerta del foro.*) Por aquí. Entren por aquí.

MARIBEL.—(*Sale la primera por el foro, seguida de doña Rita y Pololo. Viste elegante traje de hechura de sastre, abrigo ligero, y un sombrero o boina, con velo, un bolso de mano, colgado al brazo. Doña Rita lleva vestido y sombrero negros.*) Buenas tardes. ¿Es usted el gerente?

AGUIRREGOITIA.—¡Ah! ¿*Madame... Mademoiselle* habla español? Un momento. La señora de Beramendi bajará enseguida. Sólo un momento. (*Hace una reverencia y se va por la derecha.*)

MARIBEL.—¿Y quién será la señora de Beramendi?

RITA.—Alguna encargada.

POLOLO.—No. Una que me presentaron o que se me presentó antes. Creo que es presidenta de una Junta para auxiliar a las víctimas de los accidentes de automóvil.

MARIBEL.—¡Qué raro! (*Se sienta; saca, de su bolso, un espejito de mano, polvera, barrita de carmín, etc., y, levantándose el velo, "se da una manita".*)

RITA.—(*Se sienta también.*) Bueno, amigo Pololo, María-Isabel y yo nos quedamos en este hotel, puesto que la avería del "auto" no tiene arreglo de momento, y lo probable es que tengamos que pasar aquí la noche, renunciando a volver a Biarritz por Canfranc, como pensábamos. En cuanto a usted, comprenderá que no estaría bien que se hospedase en la misma fonda que mi sobrina.

POLOLO.—Sin embargo, ¿no dijo Maribel...?

MARIBEL.—No. Pololo. A mí me es igual. Ni tengo empeño por que te quedes, ni comparto tampoco los escrúpulos rancios de la tía para que te vayas.

RITA.—(*En tono de reproche.*) ¡Niña...!

MARIBEL.—(*Se levanta.*) No obstante, te he elegido para ser mi "editora responsable" y no quiero mermarle nada al prestigio de tu autoridad. (*A Pololo.*) Conque, hijito, ahuesa el

búscate alojamiento en otra parte, y vuelve luego a cenar nosotras. Yo convido.

POLOLO.—(*Algo contrariado.*) Hasta ahora, entonces. (*Estrecha la mano de Maribel, besa la de doña Rita.*)

MARIBEL.—¡Ah! Y ocúpate del arreglo del coche. (*Vase Pololo por el foro.*)

RITA.—(*Enojada.*) "Yo convido". "Yo convido"... Claro que quién va a convidar más que tú? Pero no debieras decirlo. Tienes un modo de expresarte tan singular...

MARIBEL.—No te enfades, tita. Otra vez lo diré en plural: "Nosotras convidamos".

RITA.—En cuanto a que Pololo venga a cenar con nosotras...

MARIBEL.—(*Se sienta al lado de su tía un momento.*) ¡Ah! Un poco eso te parece bien? Pues ¿qué? ¿No llevamos de relaciones lo menos..., lo menos veinte días? ¿No soy huérfana, por mi desgracia, pero libre, independiente y rica por suerte? ¿No soy mayor de edad? ¿De qué me sirve todo si no puedo ni siquiera convidar a comer a mi novio? (*Se cantan las dos.*)

RITA.—Pero si es que...

MARIBEL.—Mira, tía Rita, yo soy así, ya lo sabes. Y... lo de lentejas. Si las quieres las tomas y si no, las dejas.

RITA.—(*Aparte.*) ¡Ay, Señor, si no fuese por las lentejas...!)

AGUIRREGOITIA.—(*Por la derecha, abriendo la puerta para dar so.*) Aquí, aquí tienen a su esperada artista.

MARIBEL.—(*Muy extrañada.*) ¿Artista, yo?

IGNACIA.—(*Saliendo a escena, seguida de LUISITA, ambas muy malhumoradas. Trae Luisita dos ramos de flores.*) ¡Qué artista! Lea usted. O traduzca. (*Le da el telefonema que se llevó antes en la mano.*)

AGUIRREGOITIA.—(*Lo lee.*) "Reçue nouvelle..." Bueno: "Recibido aviso de Amiens hallarse grave amigo muy querido, marcho inmediatamente, no pudiendo tomar parte *gala*... función de hoy. *Pardon et mes regrets.* Marie Belle".

MARIBEL.—(*Vivamente.*) ¿Marie Belle? ¿La *vedette* francesa?

IGNACIA.—(*Coge el telefonema y lo deja sobre el velador, lo mismo que Luisita, tira en él los dos ramos.*) La esperábamos para una función benéfica, y por una confusión que no entiendo...

MARIBEL.—(*Riendo.*) ¿Me han tomado por ella?

LUISITA.—El caso es que este joven dijo antes bien claro que el coche detenido era el de Marie Belle.

MARIBEL.—(*Sigue riendo.*) Mi nombre.

IGNACIA.—¿Marie Belle?

MARIBEL.—.María Isabel.

RITA.—Una contracción.

IGNACIA.—(*Muy exaltada.*) ¡Un demonio!

RITA.—(*Seria.*) Repórtese, señora. Está usted hablando con condesita de Alcaraz.

IGNACIA.—(*Mirando a Rita de arriba a abajo.*) ¿"Condesi usted?

RITA.—Mi sobrina.

LUISITA.—(*A Ignacia.*) ¡Buena plancha hemos hecho!

IGNACIA.—¡Buena plancha!

MARIBEL.—Tiene la mar de gracia.

IGNACIA.—Maldita, hija, maldita.

RITA.—(*El mismo tono.*) ¡Señora...!

MARIBEL.—Déjalo, tía; se ve que están quemadas. (*Aparte Rita y volviendo a reir.*) (Que se han quemado con la "pli cha").

IGNACIA.—Luisita, estamos en un ridículo espantoso.

LUISITA.—Espantoso, Ignacia.

IGNACIA.—El aviso en la taquilla, el periódico que va a lir, la marquesa...

LUISITA.—¡Oh, la marquesa!

AGUIRREGOITIA.—(*Que había quedado en segundo término, adelanta.*) Al periódico será tarde, pero al teatro hay avisar...

IGNACIA.—Hagan lo que quieran. Yo... ¡Yo me voy de Pa plona! A nuestra finca de Irañeta. Al último rincón.

RITA.—(*Transición, al ver la sincera desesperación de dos.*) No obstante—y perdonen que me inmiscuya— con pub car ese despacho...

IGNACIA.—Usted, señora, no está en detalles, en interiori des... (*A Luisita, aparte.*) (¡"Las del Comercio"!)

LUISITA.—(*Casi llorando.*) ("La ja-ja"... Ahora sí que van reirse de nosotras).

AGUIRREGOITIA.—Telefonearé al teatro... (*Medio mutis l cia la derecha.*)

LUISITA.—Eso, que la función se aplaza.

IGNACIA.—¡Qué aplazar! Que se suspende definitivamente.

LUISITA.—(*Cogiendo el telefonema.*) Sin embargo, aquí d que vuelve.

IGNACIA.—¿Dónde?

LUISITA.—Al final. Ahí.

IGNACIA.—(*Le quita bruscamente el despacho y lee don señala el dedo de Luisita.*) "Pardon et mes regrets".

LUISITA.—Perdonen hasta mi regreso.

GNACIA.—¡Ave María!
MARIBEL.—(*Nueva explosión de risa.*) ¡Delicioso!
RITA.—(*Tratando de contener la suya.*) ¡Maribel...!
AGUIRREGOITIA.—(*A Luisita.*) *Mes regrets* es "mi pesar".
IGNACIA.—(*Molesta por la pifia de Luisita.*) Mi sentimiento, jer.
LUISITA.—(*Muy azorada.*) Si, es verdad... Me había confun- lo. ¿Y... adónde, adónde dice que se va
IGNACIA.—A Amiens.
AGUIRREGOITIA.—En Picardía.
LUISITA.—¡Una picardía, sí, señor!
(*Vase Aguirregoitia por la izquerda, conteniendo también su a.*)
MIRABEL.—(*Nuevas carcajadas. Se echa en brazos de doña a.*) ¡Ay, tita, yo me pongo muy mala!
IGNACIA.—(*Mirando el telefonema.*) ¡Bribona!
MIRABEL.—(*Se vuelve, creyendo que es por ella.*) ¿Eh?
IGNACIA.—(*Tira con rabia el papel, arrugado, sobre el vela- r.*) ¡Qué rabia! ¡Qué ira! Lo dicho: yo me voy a Irañeta.
MIRABEL.—(*Aparte, a su tía, y sin dejar de reír.*) Ira... Ira- ta...
RITA.—(*Tratando de calmar a Maribel.*) ¡Maribel!...
LUISITA.—(*La mismo a Ignacia.*) ¡Ignacia!...
RITA.—¡Loca, más que loca!
MARIBEL.—Es que esto es la mar de divertido. Y, mira, nos iben hasta con flores: un ramo para cada una.
IGNACIA.—(*Transición, que va marcándose en todas.*) Hace us- d mal, señorita, en reírse de este modo. Y no por que se rle de nosotras, dos provincianas a quienes no conoce y a s que, probablemente, no volverá usted a ver en su vida.
MIRABEL.—(*Avergonzada, en brusca transición.*) Perdóneme, ñora, mi tía tiene razón; soy una loca.
IGNACIA.—Pero es que hay algo más serio, y más tris- El perjuicio, ya irreparable, de los niños pobres y enfermos, cuyo beneficio se celebraba esta función.
MARIBEL.—(*Interesada.*) ¡Ah! ¿Era a beneficio de unos niños bres?
IGNACIA.—Para la clínica del doctor Zabala.
LUISITA.—¡Pobre Zabala! Cuando lo sepa...
MARIBEL.—Y bien, tengo, en efecto, una fortuna más que re- lar; tengo libertad para gastármela, y tengo, ¡qué demonio!, mbién tengo mi corazoncito. El dinero remedia muchas co- s, y al pagar, como es justo, la merecida lección que acaba

usted de darme, voy a probarla que no soy tan mala, o, menos, tan superficial como parezco.

IGNACIA.—¿Qué quiere usted decir?

MARIBEL.—Esos niños enfermos—¡pobres míos!— ¿van a s frir perjuicio porque haya ido probablemente a correrse u juerga esa grulla francesa?

RITA.—(*Escandalizada.*) ¡Juerga! ¡Grulla! ¡Qué lenguaje pa una señorita!

MARIBEL.—Vamos a ver: ¿qué pensaban ustedes sacar de e función?

IGNACIA.—No sé... Con el teatro lleno, cinco o seis mil p setas.

MARIBEL.—Yo se las doy.

LUISITA.—¿Cómo?...

IGNACIA.—¿Pero habla en serio?

MARIBEL.—Ahora, sí. (*Se sienta junto el velador y saca su bolso un cuadernito de cheques y una pluma estilográfic* Precisamente viajo siempre con el talonario de mi carta crédito y con mi estilográfica. (*Escribe en un talón.*) Seis m pesetas... Ya ve usted que sencillo.

IGNACIA.—(*Mirando cómo escribe.*) ¡Oh, qué rasgo tan ho moso!

MARIBEL.—(*Riendo.*) No tengo mala letra, ¿verdad?

IGNACIA.—Lo que tiene usted es un corazón de oro.

LUISITA.—¡Y tanto!

RITA.—Eso hay que reconocerlo. Y que le da por rachas: r cha de locura, racha de santidad...

MARIBEL.—(*Se levanta y da el talón a Ignacia, que lo gue da en su bolso.*) En la sucursal de aquí pueden cobrarlo.

LUISITA.—Vaya, ya tenemos lo principal solucionado.

IGNACIA.—Lo principal, dices bien. A su lado es muy po cosa algún arañazo en nuestro amor propio. Ustedes, mad leñas probablemente. no saben de estas pequeñas miserias una capital de provincia.

LUISITA.—Porque ya, aunque digamos la verdad, aunque h gamos público este espléndido donativo...

MARIBEL.—Lo que no quiero es que mi nombre suene pa nada: un donativo anónimo.

IGNACIA.—Peor. Dirán que el dinero lo hemos dado nosotr para tapar nuestro fracaso.

AGUIRREGOITIA.—(*Vuelve a escena por la puerta de la de cha.*) Imposible comunicar con el teatro.

LUISITA.—¡Claro! Como que todo el mundo está pidien billetes...

IGNACIA.—(*Desesperada.*) ¡Calla, hija, calla!

MARIBEL.—Y bien, den la función.

IGNACIA.—Sin la Marie Belle, imposible.

MARIBEL.—(*De pronto.*) ¡Con esta Maribel! (*Señalándose a sí ísma, y palmoteando, después, en otra rápida transición.*) ¡Sí, ! ¡¡Divertidísimo!!

RITA.—(*En tono severo.*) ¡Sobrina!

IGNACIA.—Pero eso no es posible.

MARIBEL.—Aquí tan sólo ustedes dos... Bueno, y usted (*Por gerente.*) que ya se callará, por la cuenta que la tiene, o or la cuenta que me ponga...

AGUIRREGOITIA.—(*Inclinándose.*) La señora condesa ordena y anda.

MARIBEL.—Sólo ustedes saben que yo no soy la artista Ma- e Belle. Ella no ha estado nunca en España. En Pamplona, i ella ni yo. Nadie nos conoce. La Belle andará ahora cami- o de Amiens... Yo canto cuplés franceses tan bien—o tañ al—como cualquier *divette* transpirenáica. Tía, acuérdate de i éxito este invierno, en Madrid, en el teatrito casero de os duques de Santa Bárbara.

RITA.—(*Santiguándose.*) ¡Qué barbaridad!

MARIBEL.—Nada, nada. ¡Con las ganas que tenía yo de que n público de verdad, de pago, me juzgase como cupletista!

RITA.—(*A Ignacia y a Luisita que no vuelven de su estupe- acción.*) ¡Eh!, ¿qué decía? La racha de locura.

LUISITA.—En verdad que es famosa.

MARIBEL.—Bien compuesta, bien maquillada y con un pe- uquín... (*A doña Rita.*) Las *pelucas* para mí son de tu in- umbencia.

RITA.—Pero, ¿y los trajes, criatura?

MARIBEL.—(*Nueva transición al desencanto.*) Los trajes...

RITA.—Pues claro. Aún admitido ese desatino, ¿vas a salir a escena así?

AGUIRREGOITIA.—(*Avanzando desde el segundo término, en que se encontraba.*) Por eso no. (*A Ignacia y Luisita.*) Recuerdo a las señoras que arriba se halla el mundo con la ropa enviada por la artista.

MARIBEL.—(*Otra brusca transición a la alegría.*) ¡Ah! ¿Está ahí el mundo? ¡Pues el mundo es nuestro!

IGNACIA.—(*Oposición tímida.*) Sin embargo...

MARIBEL.—No, con embargo. Se lo embargamos todo. Justo castigo a su informalidad.

LUISITA.—No tenemos llave.

MARIBEL.—Lo descerrajaremos.

RITA.—(*Muy seria.*) Basta, Maribel, basta. Te prohibo semejante locura.

MARIBEL.—Tú a mí no me prohibes nada. (*La coge de la nariz.*) Yo a tí te llevo así: de la punta de la naricita. Ya, verán qué bien resulta todo.

IGNACIA.—(*Dejándose convencer.*) Bien pensado, el público es, aveces, tan cándido...

LUISITA.—Y que a lo mejor, con la idea de que es la otra le parecerá todo de perlas.

RITA.—(*Muy enojada.*) ¡De perlas de los chinos!

MARIBEL.—(*Cada momento más entusiasmada con su idea.*) ¡Oh, qué encanto! ¡Qué delicia! Poder hablar unas horas con los adoradores que me salgan sin que a ellos les mueva el interés de mis millones. Saber si gusto de verdad, por mí misma... (*Haciendo un malicioso guiño con los ojos.*) Y saber también todo eso que los hombres alegres dicen a las mujeres frívolas... ¡De primera!

RITA.—Te digo que estás loca. ¿Tú sabes el peligro...?

MARIBEL.—¡Bah! Unas horas... Y en cuanto a darle la cataña al público... En Biarritz veíamos a la Belle muchas noches. Sé de memoria varios de sus euplés...

IGNACIA.—Y que puede repasarlos. En el teatro los tienen

MARIBEL.—(*A Rita.*) ¿Lo ves? "*Dieu est avec moi*", como *decimos* las francesas. Quizás es un camino que Dios me tiene para salvar la difícil situación de estas señoras.

RITA.—¿El camino de las varietés?

MARIBEL.—Y para indemnizarlas de mis burlas de antes.

IGNACIA.—¿Quién se acuerda ya de eso?

MARIBEL.—(*Con solemnidad cómica, al gerente que ha vuelto a segundo término.*) Señor gerente: vaya a apuntar en su registro de entrada a la artista francesa "Marie Belle". (*De pronto, señalando a Rita.*) ¡Ah! Y su doncella.

RITA.—(*Indignadísima.*) ¿Yo?

MARIBEL.—Tu nombre de Rita no es muy francés. *Antonette...* Antoinette Duran. (*Todos ríen, menos doña Rita.*)

AGUIRREGOITIA.—(El diablo es esta señorita.) (*Vase por derecha.*)

IGNACIA.—(*Con algún resquemor aún.*) No obstante, si la verdadera artista se enterase algún día de esta suplantación....

MARIBEL.—(*Golpeando con la mano en el bolso en que va a guardar su talonario.*) Con otro papel de estos se tapa la boca.

RITA.—Claro, tú así lo arreglas todo.

NACIA.—Y, en verdad, que así se arreglan tantas cosas...
ARIBEL.—Además, que no lo sabrá nunca. En Amiens no yo que se lea mucho la prensa de Pamplona. (*Señalando actitud enérgica la puerta.*) ¡Al teatro, a repasar esos lés! (*Medio mutis.*)
ITA.—¿Y Pololo? Tu novio. ¿Qué va a decir tu novio?
ARIBEL.—Bastante me importa a mí mi novio... Y, en último caso, si me quiere así...
ITA.—Las lentejas...
ARIBEL.—Y, lo mejor, no decirle nada. Yo me voy a ensa- Tú te quedas. Que me he acostado enferma. Una jaqueshorrible. Que se largue.
ITA.—Y en verdad que muy buena no estás. (*Indicación que está guillada, el dedo en la sien.*)
ARIBEL.—(*Dando a Ignacia el telefonema que dejó sobre la a.*) Señora, este telefonema. No conviene...
IGNACIA.—¡No, por Dios!
ARIBEL.—Espere... (*Lo coge y lo mete en su bolso.*) Lo rdaré yo como recuerdo de mi *debut* de cupletista.
AVIER.—(*Por la puerta de la derecha.*) ¿La señorita Belle, duda? (*Quitándose el sombrero muy cortés y expresivo.*)
ARIBEL.—*Moi méme.*
IGNACIA.—(*Al lado izquierdo de la escena con Luisita y Ri-* (Empieza la farsa.)
AVIER—*Et bien, toute Pampelune...*
ARIBEL.—Puede hablar español. (*Desde ahora hasta el fin acto habla con marcadísimo acento francés.*) Yo lo soy endido parra entendegme con mis amiguitos españoles de *rritz et Bayonne.*
AVIER.—Ya se sabe por ahí que ha llegado usted. Todo el ndo está loco. (*Bajando la voz.*) Y no digo nada cuando conozcan...
ABALA.—(*Por el foro.*) Buenas tardes. (*A Ignacia, acercándose al grupo de la izquierda.*) Albricias, señora. En la taquipuñetazos.
IGNACIA.—(*Muy contenta.*) ¿De veras?
ARIBEL.—¿Alguna guiña en un paseo público?
AVIER.—El paseo público aquí no es la taquilla, sino la onera. (*Todos ríen. Animación.*) La taquilla es el despacho *ción...*
ARIBEL.— ¡Ah, sí! *¡Charmée!* Y, a *propos* de público, le go un pánico a este *d'ici*
AVIER.—¿Pánico a este público? ¡Pues si es un corderico!

Y, además. que con esa *face*, y con ese *corps*, se los lle
a todos de *rue*.

RITA.—(*A Ignacia y Luisita.*) (Y se los lleva. Cuando s
mete algo en la *tête*...)

IGNACIA.—(*Algo inquieta al ver lo expresivo que está Ja
con Maribel.*) Mi marido, Javier Beramendi...

JAVIER.—(Si es muda revienta.)

LUISITA.—(*Acercándose también con ZABALA y presen
dole a Maribel Doña Rita queda separada a la izquierda
Ignacia.*) El doctor Zabala, de quien le hablamos antes.

MARIBEL.—(*Dándole la mano.*) ¿El salvadog, la Pgovi
cia de los pequeños enfants? Ya me soy informada.

ZABALA.—La Providencia deellos, va a ser usted, señor

MARIBEL.—(*Vivamente.*) Señoguita, señoguita... *Heurei
ment*, soy soltega. O, si no, Mary. Llámeme Mary, *simplem
(Coqueteando también con Zabala.*) Yo tengo mucha de
simpatía pog usted. Y pog la obga de usted. ¡Oh, los pe
ños *enfants*...! ¡Los nenitos! Yo les amo *aussi*, a los nen
Y no es pogque haya tenido ninguno todavía.

RITA.—(*A Ignacia escandalizada.*) (*¡Mon Dieu!*)

MARIBEL.—*Malgré* queno lo crean, yo soy muy honjada

ZABALA.—Por Dios...

JAVIER.—No lo dudamos un momento.

MARIBEL.—(*Riendo ruidosamente.*) ¡Oh, no! ¡Uh lá, lá! I
que soy muy honjada a contribuir a ese fin benéfico.

ZABALA.—(*Serio.*) Muy amable.

MARIBEL.—Ahora que yo me lo suponía de otra *façon*.
doctor, me dijeron... Me lo pensaba viejo. calvo, con l
tas... Y le veo joven, simpático, atrayente, *charmant*...

ZABALA.—(*Algo cortado.*) Muchas gracias.

JAVIER.—Vaya, está por los jóvenes.

MARIBEL.—Y usted, usted también, señog de Beramandi.
amable, tan simpático, tan bien consegvado... (*Respingo
Javier.*)

AGUIRREGOITIA.—(*Por el foro, con los dos periodistass
NENDEZ y NAVASCUES.*) Dos representantes de la Pr
local, que desean saludarla un momento. (*Les deja paso y v

MARIBEL.—(*Muy afectuosa, dando la mano a ambos.*) I
Los peguiodistas son también mis buenos amigos. Todos
paticos, atrayentes, charmants... Es pog eso que yo es
que me tratagán bien.

NAVASCUES.—(*Es otro periodista joven; de menos edá
representación que Menéndez.*) Le daremos tratamiento
alteza.

MENENDEZ.—De majestad. ¡La reina de las artistas de París!

NAVASCUES.—¡Y qué belleza! ¡Qué distinción! Una Miss rancia.

MENENDEZ.—¡Una Miss Universo!

RITA.—(*A Ignacia y Luisita.*) (Una Miss... tinguette falsifiada.)

MARIBEL.—Eh bien, yo voy al teatro a ensayar mis cuplés. Quién me acompaña allí?

MENENDEZ.—Allí la acompañará a usted la orquesta. Nosotros no sabemos.

MARIBEL.—*¡Farceur!...* ¡Guasón!

MENENDEZ.—¡Monada versallesca!

ZABALA.—(*Bruscamente, como queriendo sustraerse al encanto que Maribel ejerce sobre todos.*) Voy a ver a un enfermo.

MARIBEL.—¡Oh, qué lástima! (*Le da la mano.*) ¿Se va? ¿Pero a la noche irá a oirme.

ZABALA.—No sé si podré. (*Vase por la derecha.*)

RITA.—(Feliz: coqueteando con todos.)

JAVIER.—(*A Ignacia, con alguna timidez, sondeando el terreno.*) Tendré que ir yo a acompañarla.

(*Maribel habla un poco separada, con los periodistas.*)

IGNACIA.—(*Enérgica y cogiendo a Javier de un brazo.*) Tú te quedas.

JAVIER.—¡Mujer!

IGNACIA.—Y yo contigo. Luisita puede ir. (*Luisita asiente.*)

MARIBEL.—(*A Doña Rita.*) *Toinette...*

(*Como explicación a los hombres.*) Es mi doncella. *Restez ci pour arranger mes chambres.*

RITA.—(*En tono muy seco.*) *Bien.*

LUISITA.—(*A Ignacia, muy satisfecha.*) (¡Que se quede para arreglar sus chambras! ¡Está clarísimo!)

IGNACIA.—(*A Doña Rita.*) (Por cierto que hay que ver...)

RITA.—(¡Hay que ver, sí!)

IGNACIA.—(Digo que hay que ver cómo abrimos el baúl.)

JAVIER.—(*Aparte muy contrariado.*) (Vaya, me organizó la arde. Y que la doncella es un *perroquet.*)

MARIBEL.—(*A Menéndez y Navascués.*) *Allons, donc.*

MENENDEZ.—A Londón, a París y a donde ustedes manden.

NAVASCUES.—¿Ya nos permitirán hacer una pequeña información por el camino?

MARIBEL.—¡Oh, sí! *Volontiers!* Les contaré mi vida, mis contratas, mis triunfos... Y también mis penitas de amor.

(*Maribel, Luisita, Menéndez y Navascués van marchándose*

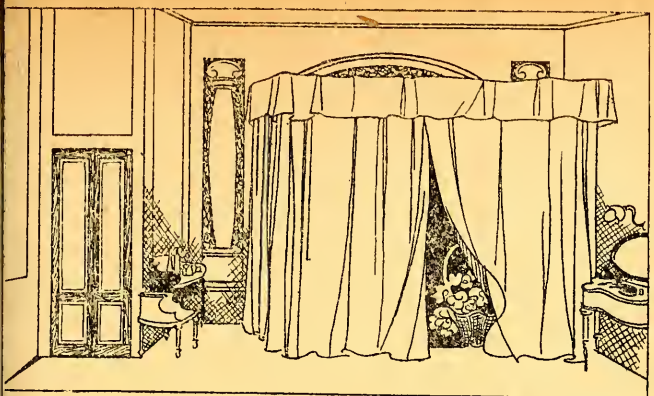
por la puerta del foro. Javier los despide, envidioso, siguiendo a Maribel con la vista.)

RITA.—(*A Ignacia en el proscenio.*) Y se las cuenta. ¡Vaya si se las cuenta!

IGNACIA.—¿Cree usted?

RITA.—¡Señora, no conoce aún a mi sobrina!

TELON



ACTO SEGUNDO

uarto de artista en un teatro. Del techo cuelga un farol encen-
do. La pared del foro, hace, por el lado derecho, un entrante de
ucho de metro y medio hacia el proscenio, llegando hasta mitad
e escena: en la cara de este entrante, de frente al público, una
uerta pequeña de una o dos hojas, de *madera*, que da a un pasillo
abre hacia fuera o sea, hacia ese pasillo. Tendrá, en caso de
er una sola hoja, sus goznes al lado derecho y cerradura con lla-
e, puesta del lado de la escena; su hoja u hojas tendrán mue-
es, para que se halle cerrada, mientras no se sostenga con la
ano. Al lado izquierdo aprovechando la esquina de este lado, un
partado o cuartito, limitado por las paredes del foro e izquier-
a, y en su lado derecho por otro lienzo de pared, perpendicular
la del foro que avanza hacia el proscenio, también hasta mitad
e escena, y que se hallará cerrado por delante en la cara que
a al público por una cortina de dos hojas, que crucen en el centro
que puedan correr por una varilla. Este apartado o cuartito
s donde se viste la artista. Al comenzar el acto aquella cortina
e hallará descorrida, y se verá, en el interior del cuartito otra
arilla en el fondo, con cruces de madera, de los que cuelguen el
estido y el abrigo que llevaba Maribel en el primer acto y un
estido de maja. Debajo de la ropa, cajas de sombreros de se-
ora y algún par de zapatos. También en el interior de ese cuarti-
o o apartado, al lado derecho, una gran *corbeille*, o cesta de flo-
es. Y al lado izquierdo, junto a la pared, un gran espejo coque-
a, que ha de tapar un hueco invisible para el público, por el
ue pueda pasar una persona, y que será por donde entre y sal-
a la verdadera doncella de la artista que interprete el papel de
Iari-Bel para ayudarla a mudarse de vestido. Como este cuartito
apartado sólo tendrá el ancho o frente de la mitad del escena-

rio (con fondo de metro y medio o dos metros, o sea, lo necesar para que quepa en su interior todo lo señalado y para que pued hallarse y moverse dos personas), aún quedará un trecho p queño entre la pared que limita ese cuartito por su lado d recho y la que avanza para marcar el entrante que en la esce hace el pasillo. En ese trecho, una mesa con bandejas de empar dados, bocadillos, dulces, varias botellas de Jerez y Champag y algunas copas. Apoyado en la mitad de la pared del lado i quierdo (parte de este lienzo que hay entre el cuarto de ves y la embocadura del escenario) un tocador de señora con cand labros eléctricos, fijos en él, o en la pared, y que estarán tambi encendidos. Sobre ese tocador, con espejo, el bolso de mano q Mari-Bel sacó en el primer acto, una mantilla de encaje negro, u gran peina, un abanico y un par de claveles. Delante del tocad una silla o silloncito ligero, y otros tres o cuatro en el res de la habitación (un par de ellos, cargados de ramos de flores Un silloncito colocado precisamente inmediatamente delante de cortina del cuarto de vestir, y de espaldas a ella (o sea, de fren al público), pero no en el centro, para que no estorbe el paso, p el cruce central de las cortinas, al cuartito, vestuario.

DOÑA RITA con el mismo vestido negro del primer acto, c lantal de peto y frotal o cofia a juego, a estilo de doncell de casa rica. Se halla en el interior del cuartito vestuar arreglando la ropa de la varilla, lo que ve el público, por h llarse descorrida la cortina. IGNACIA, en vestido de noche sin sombrero, entra en escena por la puertecilla del foro c recha. El momento, brevísimo, en que tiene abiertas la hoja hojas de ella, se oye rumor lejano de bravos y de aclamacion

IGNACIA.—(*A Doña Rita, que avanza al proscenio y de corrida la cortina.*) ¿Oye usted? Sigue el éxito cada vez m yor. ¡Una locura!

RITA.—Una locura, sí. (*Encajando la puerta.*) La condesi de Alcaraz, metida a cupletera francesa. Si esto llega saber...

IGNACIA.—Pues la cosa, hasta ahora, no puede ir mejor. como lo hace con tan buen fin...

RITA.—(*Malhumorada.*) ¡Quiá! Lo hace por divertirse. del cheque de las seis mil fué caridad, y se lo alabo, pe esto...

IGNACIA.—Y, por cierto, que no quiere, de ninguna mane que se lo devuelva. Habiéndose dado, al fin, la fnunción, con el teatro lleno...

RITA.—Déjelo usted. Mejor para los niños pobres. Aún e contrará ella barato lo que está gozando. Esta noche se divi te ella "un horror", como se dice ahora, y se dice mal, p que eso de divertirse "un horror"...

NACIA.—Es verdad, se la ve radiante, feliz, con su simpa- y con su encanto tiene sugestionado a todo el público. (*Se tan ambas.*)

ITA.—Está en su racha de locura mundana, exhibitoria; o otras veces le da la racha mística, y se pasa ocho días iéndose los santos.

NACIA.—No hay duda que es un temperamento original.

ITA.—Original y desequilibrado.

NACIA.—A mí lo que más me asombró fué su tranquilidad salir a escena.

ITA.—¡Es muy tranquila!

NACIA.—Saladísima, si que es. Sus primeros cuplés se los desde el palco de la Junta. Ahora vendrá de bastidores.

ITA.—Yo también, procurando dominar mi emoción y mis vios, la oí un rato en el escenario: en lo que creo llaman primera caja"; pero no me encontraba en caja, ¿sabe us- ? Temí ponerme mala, y como estoy de *bonne* y tenía que parar le la ropa del monólogo...

NACIA.—Bueno, ya saben que antes de "La novia del tore- va el número de "Las moscas voladoras". Así pueden us- es descansar un rato.

ITA.—Ya. Lo que nos dejen descansar "Las moscas". (*Se golpear la puerta, desde dentro.*)

GNACIA.—Adelante.

UISITA.—Qué, ¿no ha subido aún? (*Ha dejado la puerta erta, sujetándola con la mano, y se oye unos instantes el ido alejado de una música y de una voz femenina. Lo puede realizarse, esta vez y las demás que se indique, por dio de un disco de gramófono, advirtiéndose que este deta- puede suprimirse donde no haya facilidad de realizarlo.*)

RITA.—(*Se levanta.*) Habrán vuelto a aplaudir. No se cansan. *asoma al pasillo con Luisita.*) Justo, ¿no oye usted? En e momento empieza otro cuplé.

UISITA.—(*Prestando también oído.*) Me parece que es repe- ión. (*Vienen las dos al proscenio, cerrando antes la puerta y jando de percibirse el sonido expresado.*)

RITA.—Claro, se le acabará el repertorio. (*Se sientan ambas to a Ignacia.*) Los que ya ella sabía, y los que ensayó, en- dos por la Marie Belle... (*Gesto de disgusto.*) Ahora, que uno de estos...

GNACIA.—¡Bah! Mucha gente no los entiende.

RITA.—Pero ella, sí. Las muchachas del día tienen una edu- ión muy completa.

LUISITA.—Lo que hay que reconocer es que nuestra enc
dora condesita hacía bien en confiar en el éxito.

IGNACIA.—Como que tiene una voz y una dicción prec

LUISITA.—Y mucha gracia.

IGNACIA.—Y mucha picardía.

LUISITA.—Picardía, capital Amiens. Ya no lo olvido n

IGNACIA.—¡Y qué bien le ha quedado, al fin, el vestido
rece hecho a medida.

RITA.—¿Ustedes saben los hilvanes y los alfileres que l
Alguna vez había de sentarle a mi gusto las costuras. (*A
sita.*) Al vestido, por supuesto, hubo que ponerle gasas
birle el escote.

IGNACIA.—Y aún así...

LUISITA.—Han hecho ustedes bien. La gente es aqui
mirada.

RITA.—Y alguna, muy mirona. (*Luisita se levanta, ab
puerta y escucha la música del cuplé, que llega otra v
público.*)

IGNACIA.—(*Vivamente.*) Eso lo dice usted por mi marido

RITA.—¿Por qué?

IGNACIA.—Le habrá visto en ese proscenio de coscones
miendo a su sobrina con los ojos... y con los anteojos.

LUISITA.—Ya... Ya está acabando de repetir el cuplé. (*C
la puerta, con lo que deja de oírse la música y vuelv
proscenio, pero sin sentarse.*)

IGNACIA.—Y, dígame, doña Rita—si mi pregunta no es i
creta—¿hace mucho tiempo que vive usted con ella?

RITA.—Tres años largos. A poco de quedarme yo viuda,
rió el padre de esta muchacha.

LUISITA.—¿Hermano de usted?

RITA.—Primo mío. Desde entonces mi vida es una peli
Sobre todo, una película de viajes. Porque a María L
lo que más le gusta es viajar.

IGNACIA.—En sus condiciones y con su fortuna, le alal
gusto.

RITA.—Así, tan pronto nos tiene usted en Egipto com
Norteamérica. Ya visitando la tumba de Tutankamen, ya
senciando en el *Yankee-Stádium* un *match* sensacional.
cierto, que en Nueva York conquistó con sus encantos—c
sus millones—a un campeón de boxeo.

LUISITA.—¿De pesos pluma?

RITA.—De pesos plomo. Y no sé si fué malo que no l
ciese caso, porque quizás él la hubiese *podido*. Yo no p

CIA.—(*Riendo, como Luisita.*) También usted es famosa.
—A mí—ya lo han visto—me vence por *knockout.*
TA.—La verdad es que, ¿quién iba a decir a ustedes
nas horas que la condesita estaría convertida esta no-
una cupletera francesa, y que usted vestiría este go-
este delantal?
—No crean, sin embargo, que es este nuestro primer
En Granada, la primavera última, pasamos ocho días
vestidas de gitanas, y viviendo en una cueva del Sacro-
(*Se levanta.*) Figúrense como estaría yo con un man-
flecos, una peina y diciendo la buenaventura. En fin,
subido, porque entonces sólo me daban perras, y aho-
dan duros.
CIA.—(*Se levanta también.*) ¿Duros?
—(*Saca un puñado de ellos del bolsillo de su delantal*
e a guardarlos.) Miren, miren. Por las muestras, el ser
te de una *vedette* es una ocupación de *rechupet.* Pro-
le varios jóvenes, y de otros que no lo son, para que
e cartas y flores a... a mi señorita. He aquí los ramos.
los que hay sobre las sillas.)
CIA.—(*Vivamente.*) ¿Y las cartas? ¿Quiere usted ense-
as?
—Las he roto todas. Pero no tema. Al señor Beramen-
le conozco yo, y no...
CIA.—Más le conozco yo, y sí.
—Mañana temprano iré a una iglesia, buscaré un ce-
y trataré de limpiar mi conciencia.
TA.—(*Riendo.*) ¿Con el cepillo?
—Echando este dinero en sufragio de las benditas

ye por la parte del foro, aunque está la puerta cerra-
nor de aplausos y voces que va en rápido aumento.)
CIA.—Ya. Ya suben. (*Abre la puerta y se asoman las*
pasillo.)
TA.—Y vienen aplaudiéndola (*Se percibe la voz de Ja-*

—La han presentado a no sé cuántos pollos.
CIA.—Pues vienen también gallos, porque—lo juraría—
areo es de mi marido.

n a escena Maribel, Javier, Menéndez, Navascués, Juani-
e y Guillermo, tres muchachos bien y Aróstegui, que es
egante cincuentón, como Javier. Todos los hombres visten
oking" y Juanito trae un pequeño ramito en la mano.

Vienen detrás de Maribel, aplaudiéndola y aclamándola. El viste elegante traje de cupletista, al gusto y fantasía de la a triz, bastante descotado. Trae los brazos cargados de "bouquet y flores sueltas.)

JAVIER.—¡Bravo!

MENENDEZ.—¡Colosal!

PEPE.—¡La remadelón!

MARIBEL.—(*Sofocada y radiante.*) Megsi, señores, gracias. (*Habla hasta que se indique, con el mismo exagerado acen francés del final del primer acto. Da sus ramos y flores Rita, que las coloca sobre las sillas y el tocador.*)

GUILLERMO.—¡Vaya una artista!

AROSTEGUI.—¡Vaya una mujer!

JAVIER.—(*Entrando el último.*) ¡Vaya un...! (*Brusca tran ción al darse de narices con Ignacia.*) ¡Vaya un calor!

IGNACIA—¿Tú también formas en la escolta?

JAVIER.—Como presidente-consorte me he creido obligado..

MARIBEL.—(*A Ignacia.*) ¿Está usted contenta?

IGNACIA.—(*Mirando de reojo a Javier.*) De usted, muchísim

JAVIER.—Pues, sí, lo que decía: estos teatros cerrados, verano, son tan calientes...

IGNACIA.—(*Muy seca.*) Según...

JAVIER.—¿Cómo "según"...?

IGNACIA.—Los hay muy frescos... De otros teatros hablo.

AROSTEGUI.—(*Dando la mano a Ignacia. Otros saludan tam bién a ella y a Luisita.*) Ignacia...

IGNACIA.—Hola. ¿También el amigo Aróstegui? Me han dich que tenía usted un nietecito malo.

AROSTEGUI.—(*Muy quemado.*) Ya está bien, señora.

PEPE.—(*A Maribel.*) *Charmante, epatante* y descacharra

JUAN.—(*A Pepe.*) (Anda, preséntame, pero en español. sabes que el francés no acaba de entrarme).

PEPE.—(*Riendo.*) Pero te ha entrado la francesa.

JUAN.—¡Ah! Eso, sí. Me gusta una burrada.

PEPE.—Encantadora Mary: mi amigo Juanito Izagandoa Basaburúa. Hijo del primer contribuyente de Lapoblación.

MARIBEL.—¿De Pamplona? Tanto gusto...

GUILLERMO.—No. De Laploblación, todo seguido. Una villa partido de Estella.

MENENDEZ.—(*A Ignacia y Luisita.*) No se quejarán de co tienen el teatro.

JAVIER.—No cabe un alfiler.

MARIBEL.—(*A Ignacia riendo.*) (Entonces, como mi vestid

MENENDEZ.—He visto a la marquesa, en su palco. Está verde.
NAVASCUES.—(*Consultando unas cuartillas.*) ¿La de Loire? es yo apunté azul pálido.
MENENDEZ.—Digo, la cara. Por el éxito.
NAVASCUES.—¡Ah, sí! Verde... "rabioso".
PEPE.—(*Empujando a Juanito.*) Dale el ramo.
JUAN.—(*Ofrece el ramito a Maribel.*) "Mademoiselle", tomé.
MARIBEL.—"¡Oh, trés gentil".
JUAN.—(*Pronunciando como aquí está escrito.*) "Pas de cuoi".
GUILLERMO.—(*Burlón.*) Pues pronuncias muy bien. No te co- s ni una letra.
MARIBEL.—(*Mirando el ramo.*) Es un "bouquet" muy "chic".
JUAN.—No lo encontré mayor.
(*Todos sueltan la carcajada. Mucha animación.*)
IGNACIA.—Lo que es muy chico es este cuarto. Y nosotras s vamos.
MARIBEL.—¡Oh, no!
IGNACIA.—Tenemos que dar algunas órdenes al apuntador y segundo apunte.
LUISITA.—Eso, al segundo apunte y al apuntador.
IGNACIA.—(*A Javier.*) ¿Tú te quedas?
JAVIER.—Un momento.
IGNACIA.—Me olvidaba... (*Descorre una hoja de la cortina y ja a la vista la canastilla de flores.*) Este pequeño recuerdo e la Junta tiene el gusto de ofrecer a usted.
MARIBEL.—¡Oh, qué encanto de *corbeille!* ¡Qué pegsiosidad! lindísima.
MENDEZ.—(*Sacando cuartillas y lápiz.*) Voy a apuntar...
NAVASCUES.—(*Idem.*) Pero esta cesta debiera verla el público.
JAVIER.—Yo me encargo de que la saquen luego a escena.
IGNACIA.—(*Aparte a Javier.*) Vamos, un pretexto para quedar entre bastidores.
JAVIER.—¡Mujer!...
IGNACIA.—¡Te creerás que yo estoy *en las bambalinas!* (*Se ge del brazo de Luisita y se van juntas, dejando cerrada la ierta por el solo efecto de sus muelles.*)
MENDEZ.—¡Bravo, artistaza, bravísimo!
AROSTEGUI.—¡Cómo ha cantado y repetido este último cuplé!
GUILLERMO.—¿Y el de *Ma bouche brule?*
JAVIER.—A mí, al revés, la boca se me hacía agua.
MARIBEL.—¡Ah, picagón! Usté estar muy malito.
JAVIER.—Y tan malito como estoy. Con fiebre. Tóqueme. (*Tra- de cogerle una mano.*)

MARIBEL.—¿Eh? Las manitos quietos.

RITA.—(*Saliendo del cuarto-vestuario, avanza al proscenio.*) *Mademoiselle, il faut s'habiller.*

MARIBEL.—(*Hace a su tía un mimo en la cara.*) *Pas encore, Toinette.*

PEPE.—(*A Guillermo.*) ¡Con qué mimo trata a su criada!

GUILLERMO.—(A lo mejor, pariente suya. Se dan casos.

MARIBEL.—Que siempge me haya de estar metiendo pgisa esta muchacha...

AROSTEGUI.—(*Mirando a su alrdedor.*) ¿Qué muchacha?

JAVIER.—(*Riéndose.*) Hombre, sí. Este guayabo. (*Por Rita.*)

AROSTEGUI.—¡Que te va a oír!

JAVIER.—No entiende el español. (*Encarándose con ella.*) ¿No es verdad, cacatúa?

RITA.—(*Esforzándose para contenerse. Aparte.*) Cacatúa... ¡Cotorrón! (*Le vuelve la espalda.*)

MARIBEL.—He de habillagme para el *sketch*, pero aun hay tiempo.

JAVIER.—No, por nosotros no lo deje. Puede ir vistiéndose.

PEPE.—Como si se tratara de lo contrario.

RITA.—(*Aparte.*) ¡Indecentes!

NAVASCUES.—Sobra tiempo, sí. Aun no deben de estar en el número de "Las Moscas".

MARIBEL.—(*Riendo siempre.*) Pero ustedes estag en el número de los moscones.

MENENDEZ.—¡Olé la sal del mundo!

JAVIER.—Tiene más sombra que un rascacielos *neoyorkino*.

MARIBEL.—Además, que hemos de tomar una copita.

(*Se acercan todos a la mesa.*)

GUILLERMO.—(*A Pepe y Juan.*) ¡Chicos, champagne!

PEPE.—(*Mirando la etiqueta de una botella.*) ¡Y de la viuda!

JUAN.—¡Viva la viuda!

RITA.—(Gracias.)

(*Todos comen y beben, doña Rita se vuelve al cuarto de vestir.*)

MENENDEZ.—Mary Bell sabe hacer bien las cosas.

MARIBEL.—(*Ofreciendo a Javier.*) ¿Un bocadillo?

JAVIER.—(*Mirándola con descaro.*) ¿Dónde?

MARIBEL.—(*Echándose hacia atrás.*) ¡Oh, *shocking!*

JUAN.—(*A Pepe.*) ¿Qué dices?

PEPE.—Que choque, y choca tú también.

MARIBEL.—(*Elevando la copa.*) *Pour l'Espagne et pour le Maroc.*

JAVIER.—(*Idem.*) *Pour la France... er pour l'Algerie.*
NAVASCUES.—Un momento, que voy a improvisar.
MENENDEZ.—¡Bomba!
TODOS.—¡Bomba!
NAVASCUES.—(*Despacio, como si improvisase.*)

Bajo el celestial dosel
del Arte, luce una estrella.
Estrella... la mar de bella,
que se llama Mar... y Bel.

AROSTEGUI.—¡Bravo!
(*Todos palmotean. Gran algazara.*)
MARIBEL.—Muy bien, *mon cher.*
MENENDEZ.—Has estado bueno. (*A Javier, aparte.*) (Lo del celestial dosel es algo ripioso.)
MARIBEL.—(*Ofrece otra copa a Navascués.*) En premio a su verso.
MENENDEZ.—(*Al mismo con mala intención.*) Nada, que no pierdes ripio.
GUILLERMO.—Yo le envidio esa facilidad para improvisar.
AROSTEGUI.—Ya me dará una copia.
NAVASCUES.—Saldrá en "El Eco". Lo mandé esta tarde.
PEPE.—¿Esta tarde? ¡Pues vaya una improvisación!
(*Más risas y abucheo de todos a Navascués.*)
RITA.—(*Avanzando, como antes.*) *Mademoisselle par les clous de Christ!*
MARIBEL.—*Un peu plus. C'est aussi amussant!*
AROSTEGUI.—He leido que el mayor éxito de usted es en este *sketch.*
JUAN.—A mi me gustan mucho los esquetes.
JAVIER.—Y a mi los escotes. (*Mirando al de Maribel.*)
MARIBEL.—¡Atgevido! ¿A que se lo digo a su señora?
JAVIER.—¿A que no?
AROSTEGUI.—¿Y es verdad que lo recita usted en castellano?
MARIBEL.—Si. Es un dgama cogto, pero muy bonito. De un *crivain*... De un escribano, de París, amigo mio.
PEPE.—¿Es original de un notario?
MARIBEL. *De uno* que conose muy bein las habitudes españolas. Yo soy hija del *maire.*
JUAN. ¿Hija del mar? ¿Pescadora?
MARIBEL.—Hija del alcalde, del cogueguidor de Sevilla.
JUAN.—*Oui, oui.*

PEPE.—Te vas soltando.

MARIBEL.—Pego, aunque demoro...

GUILLERMO.—¿De qué moro?

MARIBEL.—Aunque, vivo, vivo... allí en Sevilla, con mi pa pá, he sido antes dos meses en casa de una tía mía, a Bagbas tro, una pequeña villa—*vous savez*— de la Andalusía, mu cerca de aquella capital.

MENENDEZ.—¡Arrea!

MARIBEL.—¿Cómo?

MENENDEZ.—Nada... Que a realidad nadie les gana a los es *cribanos* del país de usted.

MARIBEL.—¡Oh! Es muy interesante. A Bagbastro deveng enamorada e soy seducida por un toguegó, el Pulguito *cade* pego que yo no sé que es toguegó, porque va travestido de ca pitán de los guardias de Corps bajo el nombre de falso de do Gómez del Castañar.

JAVIER.—(*Conteniendo la risa.*) Muy interesante, en efecto.

MARIBEL.—Yo vuelve a Sevilla para la fiesta de la Micarén.

AROSTEGUI.—¿La Mi Careme en Sevilla?

MARIBEL.—La Macarén. Yo me soy trompada. La fiesta de l Virgen de la Macarena. Una tagde, que es el momento de *sketch*, voy yo a la coguida de los togos, con mi padre, que n sabe mi estado.

JAVIER.—Interesante. Muy interesante.

MARIBEL—El estado de mi pequeño corazón. Y en la coguid ¡ah! (*Transición.*) Pego, no quiero destriparles el cuento. ¿N es así *que vous dites*: destripar?

JAVIER.—(*Sigue burlón.*) ¡Bah! Ya lo sabemos. A quien de tripan es al torero.

MARIBEL.—¿Quién se lo ha contado?

JAVIER.—Nadie. Pero la literatura taurina de las Variet es igual. En español y en francés. Desde "El relicario" hast "La novia del toreador".

MARIBEL. *Et bien, sí.* En la cogida hay una cogida.

GUILLERMO.—Albarda sobre albarda.

MARIBEL.—Sale un toro veleta, gueteñido, de capirote, con ustedes...

PEPE.—¿Eh?

MARIBEL.—Como ustedes dicen. Y con la mirada de la perdi

RITA.—(*Repitiendo el juego de antes.*) *Mademoisselle, par derniére fois...*

MARIBEL.—Es vegdad. Tienen que quitagme.

PEPE.—¿Qué quiere usted que le quitemos?

MARIBEL.—Que me dejen. *C'est trop tard.*

JUAN.—(*A Pepe.*) Que hay que trotar. Ahueca.

GUILLERMO.—Volveremos después del *sketch.*

(*Exagera la pronunciación de esta palabra exótica, y parece e ha estornudado.*)

MENENDEZ.—¡Jesús! Se ha constipado.

JUAN.—Cuando salude, fíjese en nosotros. En un palco terro de la derecha.

MARIBEL.—¿Hay ascensor?

NAVASCUES.—¡Hay gracia parisina!

AROSTEGUI.—(*A Javier.*) *Allons.*

JAVIER.—(*Tarareando con música de "La Marsellesa".*) *Allons fants de la patrie...*

JUAN.—(*Volviéndose desde la puerta.*) A propósito de alón, vamos a tirar palomas.

MARIBEL.—Gracias, gracias.

JUAN.—Ya tenemos el cesto arriba. Seis palomas y cuatro palmínos..

(*Vanse todos los hombres con gran algazara, tarareando en ro la letra francesa y música de "La Marsellesa". Doña Rita Maribel les empujan.*)

RITA.—(*Cerrando la puerta.*) ¡Para palomino, tú!

MARIBEL.—*C'est vraire* (*Sin acento francés hasta que se aderta.*) Digo: es verdad. Puesto que volvemos a ser españolas.

RITA.—Y ahora, a vestirse a escape..

MARIBEL.—En un momento. (*Medio mutis hacia el cuartito de stir.*)

RITA.—¿Quieres que te ayude?

MARIBEL.—Puedo sola. Arregla un poco todo eso.

(*Señalando las flores esparcidas por las sillas, y la mesa de s fiambres. Pasa Mari-Bel al cuarto vestuario corriendo la rtina, para quedar oculta a la vista del público, pero sigue blando desde dentro. La doncella de la artista, puede, una z cerrada la cortina, entrar en el cuartito por el hueco de trás del espejo y ayudarla a cambiarse rápidamente el vesdo de cupletista por el de maja; yéndose después por el misto escape. Maribel eleva la voz para hablar con su tía, que ueda fuera y para ser bien oída por el público.*) ¡Ay, tita! o que me estoy divirtiendo esta noche! ¡La mejor de mi da!

RITA.—Ya, ya lo veo. (*Arregla flores y fiambres.*)

MARIBEL.—Los aplausos, el éxito. Éxito verdad, ante un pú-

blico desconocido. No el triunfo fácil, ante un salón de amigos. Y, luego, este ambiente galante... Tanto piropo... Tanta flor...

RITA.—(*En tono severo.*) ¡Tanto *flirt*! (*Pron. "flert".*)

MARIBEL.—¡Bah! Un coqueteo inocente.

RITA.—¿Inocente? ¿Tú sabes las cosas que te han dicho?

MARIBEL.—Las mismas, poco más o menos que nos dicen en sociedad cuando nos hablan como a niñas "bien".

RITA.—¡Pues si que está el mundo "bien", hija mía! (*Transición. Pequeña pausa.*) ¿Y de Beramendi, que me cuentas?

MARIBEL.—Que es con el que más me divierto.

RITA.—La que está divertida con él es su mujer. Ahora, que yo me refería a cuando antes me llamó cacatúa.

MARIBEL.—(*Riendo a carcajadas.*) Es verdad.

RITA.—Y en mi propio pico. No dirás que no he estado prudente.

MARIBEL.—¡Heroica, tía Rita! Te estás ganando la cruz de sufrimientos por la familia.

JAVIER.—(*Desde el pasillo del foro, golpeando con los nudillos en la puerta.*) ¿Se puede?

MARIBEL.—¡No!

RITA.—¿Otra vez él?

MARIBEL.—Echa la llave.

(*Doña Rita corre a la puerta, pero ya Javier se ha colado en el cuarto, volviendo a quedar la puerta cerrada.*)

JAVIER.—Un momento, nada más.

RITA.—(*Indignada, cuadrándose ante él.*) ¿No oye que no se puede?

JAVIER.—(*Muy asombrado.*) ¿Cómo? ¿Pero usted habla español?

RITA.—Soy vasco-francesa. (*Ligero acento francés.*)

JAVIER.—Dispense... lo de antes.

MARIBEL.—(*Sigue arreglándose dentro. Vuelve al acento francés.*) Don Javieg, ya ve que soy vistiéndome.

JAVIER.—(*Trata de avanzar hacia el cuartito, pero doña Rita se lo impide.*) No lo veo. Pero si quiere, lo veré. Lo veré...

RITA.—¡Atrás, *monsieur!*

MARIBEL.—No dejes que se aproche...

RITA.—Por lo menos hasta que se abroche.

JAVIER.—(*Vacila un momento. Saca un tarjetero del bolsillo interior de su smoking, y de él un billete del Banco de cien pesetas.*) Vaya, para que se olvide de aquella promita.

RITA.—(*Tomándolo y guardándoselo en el bolsillo de su delantal.*) (Cien pesetas... Se van a hinchar las ánimas.)

JAVIER.—(*Alzando la voz, para que le oiga Maribel.*) Pues yo venia para invitarla a cenar. A salir del teatro.

MARIBEL.—¡Oh! ¡Va usted muy de pgisa!

JAVIER.—¡Quiá! Me ha parado el guardia de la porra. Se trata solamente de una cena de amigos. Para celebrar su triunfo. Pocos y muy formales. Aróstegui, usted, yo... Y aún puede ser que Aróstegui...

MARIBEL.—¡Está usted bueno!

JAVIER.—(*Avanza dos pasos.*) Con que... ¿cenamos juntos?

MARIBEL.—(*Ya con el vestido y calzado de maja, pero aun sin la mantilla. Sale del cuarto de vestir.*) Imposible, *mon cher*, Es desir, a menos que no quiera llevarme la sesta.

JAVIER.—(*Desencantado.*) ¿Llegué tarde?

MARIBEL.—Si; estoy comprometida.

JAVIER.—¿El joven que la acompañaba en el auto?

MARIBEL.—(*Vivamente.*) *¡C'est ca!* ¡Pololó! Créame, Pololó es el único compromiso que tengo.

JAVIER.—Ya me extrañaba a mi no haberle vuelto a ver. Y, a lo mejor... Seguro... (*Acuciado por una sospecha, avanza hacia la cortina.*)

MARIBEL.—¿Qué? ¿Que le escondo aquí? (*Descorre las dos hojas, mostrando que no hay nadie dentro.*)

JAVIER.—(*Retrocediendo.*) Perdón, me engañé

RITA.—(*Fingiendo indignación.*) Y tanto. Pensar que mi señorita esconde... (Y es condesa).

IGNACIA.—(*Sale a escena. A Javier.*) ¿Aún aquí?

MARIBEL—Se magchó y es vuelto.

JAVIER.—(*Muy azorado.*) Eso... Soy vuelto, digo, he vuelto... Venía por... por la cesta... Por la cesta de flores...

MARIBEL.—(*Riendo y con intención.*) Sí, quería llevagme la sesta.

IGNACIA.—(*Con sorna.*) ¿Tú solo?

JAVIER.—Ya, ya he visto que es muy grande: voy a buscar dos acomodadores... veras .. verás... Se va a lucir la Junta. (*Hurtando la mirada de Ignacia, envía a Mari-Bel un beso con la punta de los dedos. Ignacia se vuelve y Javier disimula figurando que está cazando alguna mosca en el aire. Vase.*)

IGNACIA.—¡Tú si que te has lucido, pirandón!

MARIBEL.—(*Se echa a reir a la vez que pasa para ir colocándose, ayudada por su tia, la peineta, la mantilla de casco y unas flores naturales en la cabeza y en el pecho.*) Conmigo, señora, me parece que puede estar tranquila.

IGNACIA.—Con usted, ¡claro! pero si hubiese sido con otra... En fin... (*Se acerca a la puerta del foro.*) Pasa, Ra muncho. Aquí les traía al corregidor a ver qué les parece.

(*Sale a escena Ramuncho vestido en traje de Corregid de principios del siglo XIX, algo exagerado y grotesco, com visto a través de un prisma francés. Sombrero muy grande de picos, casaca, chupa, calzón corto, capa colorada, y una v ra muy alta en la mano.*)

MARIBEL.—(*Sin levantarse de la silla del tocador, en la q está arreglándose, se vuelve un poco para ver a Ramunch Nada de acento extranjero.*) ¡Oh, qué bien estás! Mira, tia, e teramente, como salía en el *Belle vue*

IGNACIA.—¡Toma! Como que es el mismo traje. Venía tan bién en el mundo de esos vestidos.

RITA.—Es un Corregidor al que nada hay que corregir.

MARIBEL.—¿Y qué? ¿Estás contento de verte tan majo?

RITA.—Ya sabes que te ganarás una buena propina. (*P queñas pausas, esperando las respuestas de Ramuncho, q permanece callado como un poste.*)

IGNACIA.—Pero, hombre, contesta a estas señoras. (*Nue pausa e igual mutismo.*)

MARIBEL.—¿Es mudo?

IGNACIA.—(*Echándose a reir.*) ¡Ya caigo! Como le encargu tanto que no hablase...

MARIBEL.—Pero eso es luego. En la función.

RAMUNCHO—¿Función esta no hase ser?

MARIBEL.—(*Se levanta y vuelve al centro de la escena, arreglada de todo. En la cabeza, dos claveles naturales mu tiesos, mantilla y la peineta. Doña Rita queda a la izquierd recogiendo los enseres de tocador. Las tres señoras se rí de la simplicidad del tosco criado.*) Aún no.

IGNACIA.—Deje... Mas vale...

MARIBEL.—(*A Ramuncho.*) Tú, ya lo sabes. No tienes m que sentarte a mi lado. (*Se sienta ella.*)

RAMUNCHO.—(*Asiendo una silla.*) ¿Adaquí?

MARIBEL.—Abajo. En el escenario. Y cuando te dé con codo, sacar el pañuelo. Es todo tu papel.

RAMUNCHO.—Moquero preparao ya hase llevar.

MARIBEL.—Yo, antes, tiraré la llave. Y, por cierto, tia, ¿qui res darme mi bolso? (*Doña Rita coge el bolso de Mari-Bel el mismo del primer acto—que estaba sobre el tocador y lo da. Mari-Bel lo abre y saca una llave de cartón dorad*

un lazo rojo, dejando luego el bolso sobre una de las si-
del centro del escenario. Doña Rita vuelve al lado del to-
or.) La metí aquí, en el hotel. Y no digo si se me olvida llave del toril...

RAMUNCHO.—¡Cristianos venir! ¿Toros tenemos? Sí que l'hay ho güena.

IGNACIA.—Hombre, no. Todo es figurado.

RAMUNCHO.—Desfigurao me dejó uno a mí, de moeete, por encierro del San Fermín. Por eso digo.

MARIBEL.—Pues nada, no te asustes.

RAMUNCHO.—¿Asustar? No. Eso, de erio. Ahora tengo más ños. Y si toro, u otra persona u animal, o así como ti o mí meter, como Ramuncho llamo, que le suelto un chu- azo que l'esnuco (*Blandiendo la vara.*) ¿Soy u no soy al- de?

IGNACIA.—Bueno, hombre, bueno. Ahora espérame abajo. sabes. Al pie de la escalera. (*Medio mutis de Ramuncho.*)

RITA.—(*Pasa junto a la mesa de los fiambres.*) ¿Quiere to- r algo?

RAMUNCHO.—¿Ahora choeolatiar?

MARIBEL.—Anda, sí. O un traguete.

RAMUNCHO.—(*Coge un pastel.*) Un bollo comeré, pa que no gas que dispresio hago. Vino no, si eallau hi de estar. A chola te subes, y moscorra te tienes. Di qui a luego. (*Vase, miéndose el pastel.*)

IGNACIA.—(*Riendo.*) ¡Vaya eon el alealde!

MARIBEL.—Otros habrá más brutos.

IGNACIA.—Está usted preeiosa.

MARIBEL.—Algo de fantasia. Pero de eso se trata: de buscar efecto de la consabida españolada. (*Se sientan las dos. ña Rita se asoma al pasillo.*)

IGNACIA.—¿Y está usted segura de saberse bien la letra del *etch?*

MARIBEL.—Es muy eorto. Con el estudio de antes y eon lo ie el apuntador me ayude...

IGNACIA.—Ya advertí a los músieos cuando han de dar el que para marear la supuesta salida del toro.

MARIBEL.—Es usted una incomparable directora de escena.

RITA.—(*Vuelve al proscenio.*) Debe de haber terminado el ile, porque no oigo la músiea y veo movimiento de gente.

MARIBEL.—A ver si se nos llena esto otra vez.

IGNACIA.—No. Si acaso, al otro entreacto.

MARIBEL.—A quien no he visto por aquí es a ese... A dico...

IGNACIA.—(*Levántase.*) ¿Zabala? Ni vendrá. Sí que p natural, siendo su clínica la beneficiada. Pero es un Un bicho raro. Ya vió usted, cuando se lo presenté en tel, que salió casi de estampía.

MARIBEL.—Pues lo siento, porque a esos hurones es que a mí me gusta espabilar. Y hubiese sido otro rato versión. (*Se levanta.*)

RITA.—¡Ay, hija! Eres una coqueta incorregible.

MARIBEL.—Bueno, bueno... ¿Quieres enterarte de si v al fin, por la cesta? Para dejar cerrado luego...

IGNACIA.—(*Iniciando el mutis.*) Voy a ver.

RITA.—Iré yo. No se moleste. (*Vase por el foro.*)

IGNACIA.—El trompeta de mi marido no habrá vue acordarse...

MARIBEL.—Ahora estarán todos en el cuarto de las rinas.

IGNACIA.—Bailarinas..., y danzantes...

MARIBEL.—¡Qué hombres! ¿verdad? Pues vea usted I

IGNACIA.—¿Pues qué ha hecho su novio?

MARIBEL.—¿Le parece a usted poco? ¡Haberse tragad tanta facilidad el embuste de mi jaqueca! El debió in No hacer caso a mi tía. Figurarse...

IGNACIA.—¿Cómo se podía figurar?...

MARIBEL.—Un hombre verdaderamente enamorado... señora! Mi eterna desconfianza. La que me hace cambi novio cada mes. ¿Me quieren a mí o buscan mi dinero?

IGNACIA.—(*Que se ha acercado a la puerta y mira ha pasillo.*) ¡Calle!... En nombrando al ruin de Roma...

MARIBEL.—(*Muy asustada.*) ¿Pololo?

IGNACIA. ¡No, por Dios! Zabala.

IGNACIA.—(*Adelantándose a dar la mano a Zabala, que* ¡Qué milagro! ¿Usted salir de noche?...

MARIBEL.—(*Otra vez vuelve al acento francés, pero marcado que antes. Poco a poco parecerá que va olvi este cuidado, hasta que, a mitad de la escena siguiente, a hablar sin acento extranjero ninguno.*) Pgesisament blábamos...

ZABALA.—(*Traje de americana obscuro y sombrero mano, forma frégoli, que deja sobre una silla.*) ¿De r me estaría echando esta señora mala fama porque no Que soy un bicho raro, un hurón...

ACIA.—(*Riendo.*) Parece que me ha oído.
ALA.—(*Tímido, cortado.*) Pues yo, la verdad, no quería
pero como debía venir... y luego, que deseaba venir...
ACIA.—(*Sigue riendo.*) ¿En qué quedamos?
RIBEL.—No se atulle... Aturulle. Siéntese. (*A Ignacia.*)
ed... (*No se sienta ninguno.*)
CIA.—La dejo acompañada, y voy a ver cómo arman
moyistas el palquito para usted y para el Coregidor. Aun-
tá ahí Luisita Aznar, yo, hasta que la función no acabe,
scanso.
RIBEL. (*A Zabala.*) Y es vegdad. No descansa un mo-
.
ACIA.—(*A Maribel, que la va acompañando hacia la*
.) Como fondo, ya sabe que sólo se pone, al fin, un
ón de tela.
RIBEL.—Para un monólogo...
ACIA.—Decorado sintético, que creo se llama ahora, cuan-
se pone ninguno. (*Aparte a Maribel.*) (No me le tomes
iado el pelo). (*Alto a Zabala, volviéndose desde la mis-*
uerta.) ¡Qué llenazo, eh! Con eso y con la generosidad
a artista...
ALA.—Algo me ha dicho, al paso, Luisita. Que si no que-
brar... (*Por Maribel.*)
ACIA.—¡Toma! Y además...
RIBEL.—(*Vivamente a Ignacia.*) ¡Silencio!
ACIA.—Ya, ya verá... No alquilar, construir un pabellón
su clínica. (*Vase y queda cerrada la puerta.*)
ALA.—Pero, ¿es imposible? Renunciar a sus honorarios.
o agradecer?... ¿Cómo expresar a usted, en mi nombre y
de mis pobres enfermos?...
RIBEL.—No merece la pena. Acaso usted no hace por ellos
o más. Siéntese. (*Se sientan los dos, cerca del tocador.*)
ALA.—Yo..., es mi obra..., es mi vida... Pero usted...
n iba a esperar de usted...?
RIBEL.—(*En tono algo seco. Ofendida.*) ¡Ah! ¡Vamos! ¿Le
ña que una mujer como yo, tan ligera, tan frívola...
ALA.—(*Muy confuso.*) Por Dios, que yo no he dicho...
RIBEL.—Pues, *voilá!*, amigo mío. Una mala cabesa—por-
es eso lo que está usted pensando—una mala cabeza pue-
ogdagse con un buen corasón.
ALA.—Vamos, soy un salvaje, un bárbaro. Ignacia tiene
a razón. Metido en mi huronera, ni sé andar por el mun-

do, ni sé, siquera, hablar a una mujer... (*Corrigiéndose.*) una señora. Ofender yo a usted... ¡Yo!...

MARIBEL.—(*Más amable.*) No se apure, hombre. Usted no ha ofendido. Se ha extrañado. Y su extrañeza, al fin y al ca no puede ser más natural.

ZABALA.—¡Oh, no! ¡Eso no! Una artista como usted, c ese corazón y con ese talento...

MARIBEL.—Y usted ¿de dónde saca que yo tenga talent Corazón aún, por eso que le ha dicho esa *bavarde,* esa habl dora... ¿Pero talento? ¿Porque me haya oído cantar, *ici,* un cuplés idiotas?

ZABALA.—(*Reponiéndose de su turbación.*) Por ellos, no. pesar de ellos, sí. Además, que el verdadero artista es el etc no Rey Midas de la fábula. Convierte en oro todo cuanto to

MARIBEL.—(*Extrañada y complacida.*) Eso ya está un p quito mejor.

ZABALA.—Sin embargo, al oirla a usted, hace un rato, r dolía, me lamentaba interiormente de que no luciesen la v la dicción, el arte de usted, en género más digno de ell mismos. Que si un poeta—y por cierto de su país de usted dijo muy bien que "hasta cuando el pájaro anda, se le cono que tiene alas", ¿por qué, también—pensaba y pienso yo por qué obstinarse en andar y no en volar, el que las tien

MARIBEL.—*Et bien,* si otra ves vuelvo por aquí, alterna estos cuplés franceses con algunos sentimentales *lieders* al manes, que también los canto. Repegtogio romántico, prop para espíritus sanos... y colegios de señoritas.

ZABALA.—Se burla usted de mí.

MARIBEL.—¡Oh, que no...!

ZABALA.—No importa. La veo, la oigo, y no quiero fijarm en la intención de sus palabras. Enteramente lo mismo qu me pasaba hace un momento con la letra de sus cuplés.

MARIBEL.—Puede usted fumar.

ZABALA.—Gracias, no fumo.

MARIBEL.—Pues yo sí. (*Se levanta, saca de su bolsillo, qu está sobre la silla, una petaquita, de ésta un cigarillo cigu cio, encendedor o cerillas, y fuma, volviendo a dejar toc guardado en el bolso, y éste sobre la misma silla. Vuelve lado de Zabala. Mientras hace todo lo indicado, dice.*) ¿Está u té en algún palco? (*Sigue en pie y él sentado.*)

ZABALA.—En un asiento de última fila de anfiteatro.

MARIBEL.—¡Oh! Pero estará muy mal. ¿Dónde podríamos...

ZABALA.—No, no. Allí nadie me vió y de allí he visto... Ad

is, la culpa ha sido mia. La secretaria de la Junta me ofre-
ayer una butaca. Yo la rehusé. No pensaba venir. Hoy, no
por qué... A última hora... Y, claro, no quedaba otra lo-
lidad en el despacho. Sabiendo, ahora, el altruismo, la no-
e acción de usted, me alegro doblemente haber venido. (*Le-
ntándose.*) Y, cumplido este deber de inmensa gratitud, me
rmitirá usted que me retire.

MIRABEL.—(*Pesarosa.*) ¿Tan pronto? ¿Sin tomar, siquiera, con-
go, una copita? (*Acercándose a la mesa de los fiambres.*)

ZABALA.—Gracias. No tomo nada entre horas.

MARIBEL.—¡Qué raro! Un hombre joven...

ZABALA.—Yo soy un joven viejo. Un bicho raro, ya se lo
n dicho. Y que quizás estorbo. Tendrá usted que arreglar-
...

MARIBEL.—No. Ya ve que estoy completamente lista. ¿No di-
n en España así?

ZABALA.—Y, por cierto, que me tiene admirado. Está usted
blando con giros netamente españoles, y hasta casi, casi,
n ningún acento francés.

MARIBEL.—(*Contrariada.*) Es que, cuando me descuido... *An
ntraire*... Cuando pongo cuidado... (*Hasta el final de la es-
na, vuelve a "cuidar" un poco más—no mucho—el acento
tranjero.*) Una pregunta, antes de marcharse... ¿Cómo me
ncuentra con este traje?

ZABALA.—(*Con brusca y repentina sequedad.*) Eso se lo pre-
nta usted al joven que la acompañaba en el "auto"

MARIBEL.—¡Ah! ¿Ese? Es... Es mi administrador, mi se-
etario.

ZABALA.—(*Incrédulo.*) ¿De veras?

MARIBEL.—Palabra. (*Acentuando mucho su coquetería.*) Aho-
prefiero la opinión de usted, su coquetería. *Dites moi.* ¿Qué
parezco?

(*Se le acerca y le mira fijamente a los ojos.*)

ZABALA.—(*Sugestionado, no pudiéndose contener.*) Me parece
sted... adorablemente bonita.

MARIBEL.—(*Se separa, en rápida transición de perfecta co-
queta.*) Pregunto del traje, del vestido... Una maja... francesa
is vraie? Esta mantilla, que no se saben poner bien más que
s españolas. Y luego estas flores, así, de punta... todas tiesas.
e lo decía a Toinette, a mi doncella: están como unos ban-
erillos. Parece que me han nacido ahí.

ZABALA.—¿Y dónde mejor iban a nacer unas flores?

MARIBEL.—¡Qué galante! ¡Qué poeta! Quien le oyese ahora no le llamaría hurón.

ZABALA.—No se burle usted, Mary.

MARIBEL.—(*Vuelve a acercársele, se quita del pelo los claveles y se lo presenta a Zabala.*) ¿Quiere probar a colocármelos mejor?

ZABALA.—(*Vacila un momento, pero reacciona, y da un paso hacia atrás.*) No... No sé... No sabría... Me voy. Ya he dicho a usted, y es cierto... Vine en una escapada... Uno de mis golfillos que se me está muriendo... Quisás no pase de esta noche.

MARIBEL.—(*Deja las flores en la silla.*) Si... sí... váyase usted. Es usted muy bueno, muy bueno. Perdóneme, Zabala. Si supiese...

ZABALA.—¿Perdonarla yo a usted?

MARIBEL.—Soy mala, sí. Coqueta, insoportable. Bien dice... quien lo dice. (*Le da la mano.*) Adiós. Hasta... (*Con un dejo de sentimiento verdadero.*) Hasta nunca, probablemente.

ZABALA.—Es verdad... (*Medio mutis.*) Por eso... por lo mismo... si yo me atraviese...

MARIBEL.—¿A qué?

ZABALA.—(*Tímido, vacilante.*) Sé que es mucho abusar... Después de tanto como le debo...

MARIBEL.—¿Pero qué es ello?

ZABALA.—¿Sería demasiada pretensión pedirle a usted un retrato?

MARIBEL.—(*Muy asombrada.*) ¡Cómo! ¿Usted quiere un retrato mío?

ZABALA.—Para mí, no. Para mi Clínica.

MARIBEL.—(*Algo desconcertada.*) ¡Ah! Ya...

ZABALA.—Quiero... querría... que esos pobres niños conociesen aunque sólo fuese de ese modo, a la artista extranjera, que con su talento y su caridad, va a realizar el sueño de un modesto médico navarro; a aquella, a quien muchos de ellos deberán la salud, quizá alguno la vida.

MARIBEL.—Pues sí, se lo prometo. Aquí no tengo ningún retrato mío, pero desde Francia, yo se lo mandaré. (*Recogiendo velas.*) Es decir, si me acuerdo. Soy tan mala cabeza. Digo, tengo, tengo... ¿No es así?

ZABALA.—¿Aún me guarda rencor por lo que ni dije ni he pensado jamás?

MARIBEL.—Es una broma. La última.

ZABALA.—(*Vuelve a darle la mano.*) Gracias por todo, Mary. Y no se olvide...

MARIBEL.—Si tanto empeño tiene...

ZABALA.—Mucho.

MARIBEL.—Procuraré, si puedo, no olvidar.

ZABALA.—Yo al revés, aunque procurase olvidar, no podría. (*Vase.*)

MARIBEL.—(*Pensativa.*) ¡Pobre hombre! es un santo. Y yo muy mala, sí... Quise divertirme con él... ¡Ah! ¡Los claveles! Estos no. Los guardaré en recuerdo del único hombre de quien estoy seguro de haberle gustado por mí misma. (*Guarda los claveles en su bolso de mano, que vuelve a dejar sobre la silla, coge otras flores de un ramo cualquiera y sentándose frente al espejo de su tocador, se las coloca en la cabeza.*) Y a pesar de si mismo también. ¿Será cierto que todos pasamos una vez en la vida al lado de la felicidad. (*Transición.*) Bueno, Maribel, ¿a ver si te pones tú también romántica?

IGNACIA.—(*Entra como una tromba, cierra tras sí la puerta y echa la llave.*) ¡Eh!... ¡Aquí!...

MARIBEL.—(*Levantándose asustada.*) ¿Quién.

IGNACIA.—¡¡Pololo!! ¡Ahora si que es Pololo!

MARIBEL.—(*Asustadísima. Muy rápido el dialogo.*) ¡Jesús!

IGNACIA.—Yo iba al despacho... A saber la recaudación total... Por el cristal le veo, que acababa de tomar una entrada. Lo único que queda.

MARIBEL.—¿Pero está usted segura?

IGNACIA.—Segurisima. Le conocí en el Hotel. Cuando fué por el coche.

MARIBEL.—¡Dios mío, qué conflicto! Naturalmente no puedo ya salir a escena.

IGNACIA.—¡Qué rabia! Y con la espectación que hay por el monólogo... Claro que si le veo un momento antes, no entra. Con decir, que no hay nada...

MARIBEL.—Pues gracias aún... Porque, no quiero pensar... Si salgo a escena y me ve, aunque fuese desde el gallinero... La que se arma.

IGNACIA.—En fin, saldrá el traspunte. Dirá que está usted mala...

MARIBEL.—Y a estas horas... Porque él... (*Indicación de que estará bebido.*) Y que ha comido solo...

POLOLO.—(*Desde dentro, golpeando la puerta.*) ¿Se puede?

MARIBEL.—(*Muy asustada y a media voz a Ignacia.*) ¿Esa voz

POLOLO.—¿Se puede pasar?

MARIBEL.—¿Es él?

IGNACIA.—¡Demonio!

MARIBEL.—¿Sabrá ya algo?...

POLOLO.—Mari... Mari...

MARIBEL.—(*Siempre a media voz.*) ¿Cómo Mari?

POLOLO.—(*Se siente que trata de empujar la puerta.*) Soy P lolo. Pololo Montesa. Tu buen amigo de Biarritz.

MARIBEL.—(*Muy indignada.*) ¡Ah, pillo!

IGNACIA.—¡Calma! (*Alto, con acento franeés.*) Mi señorita es vistiéndose.

POLOLO.—¿Eres tú Jeanette? Me pareció otra voz.

MARIBEL.—¡Conoce hasta su criada!

POLOLO.—Vamos, mujer. abre. No seas pelma.

IGNACIA.—¡Qué situación! ¡Bloqueadas!

MARIBEL.—¿Y qué hacemos?

IGNACIA.—(*El mismo tono. Rapidísimo.*) Espere. (*Maduran un plan.*) ¡Ahí! (*La empuja hacia el cuartito, donde al corr Ignacia la cortina, queda Maribel oculta.*)

¡Pronto!... (*Vuelve a la puerta, hace girar su llave que d ja puesta por dentro en la cerradura, y da entrada a Pololo*

POLOLO.—(*El mismo traje que en el acto primero. La g rra de yatchman puesta echada hacia atrás. Aspecto y voz estar "alegre", sin llegar a borracho.*) ¿Cómo? ¿La pres denta de la Junta de las averías de automóviles?

IGNACIA.—(*Extrañeza.*) ¿Eh?

POLOLO.—(*Señalando el cuartito.*) ¿Mary está ahí?

IGNACIA.—(*Azorada aún.*) Sí... pero...

POLOLO.—¿Vistiéndose? No importa. Soy de confianza. adelanta, e Ignacia se interpone.)

IGNACIA.—Es que...

POLOLO.—(*Retrocediendo.*) ¡Ah, vamos! No está sola. (*Dánd se una palmada en la frente.*) ¿Ha venido con Perico Lallav (*Elevando la voz.*) Hola, Perico. ¿Te va bien en mi sucesió (*Se sienta, mareado, en la puerta que está delante de la co tina y de espaldas a ella.*)

IGNACIA.—(*Dirigiendo miradas de angustia a la cortina, p temer que salga Maribel.*) ¡Cállese, desgraciado!

POLOLO.—Pues nada, chicos, ni la menor idea de que estába aquí... Yo vine de excursión con mi novia... Ya sabéis, la co desita... Ese matrimonio de conveniencia. De conveniencia p ra mí. (*Ríe ruidosamente. Ignacia ve con terror moverse cortina y asomar un poco por entre las dos hojas, la cara en furecida de Maribel.*)

GNACIA.—¡Calma, por Dios...! (*Esta frase la dirige, natural-te a Maribel, que, haciendo gestos, vuelve a ocultarse trás cortina.*)

POLOLO.—No. Si no me importa. Fué un traspaso voluntario.

RASPUNTE.—(*Asomándose por la puerta del foro, que abre.*) orita Bell, a escena para el "sketch". (*Vase.*)

GNACIA.—(*Coge una hoja de la cortina y cubre con ella la za de Pololo.*) ¡Ahora! ¡Ahora va! (*Maribel sale del cuar-.*)

OLOLO.—(*Forcejeando para destaparse.*) ¿Qué es esto?

GNACIA.—(*A Maribel, a media voz sin dejar de tapar a Po-.*) Ciérrenos por fuera.

OLOLO.—¡Que me ahogo!

Maribel saca la llave de la cerradura, vase por el foro y se cerrar la puerta desde el pasillo. Quedan en escena Igna- y Pololo.)

POLOLO.—¡Mary! Basta de bromas.

GNACIA.—(*Destapa a Pololo.*) ¡Bravo!

POLOLO.—(*Se precipita hacia la puerta y la halla cerrada con pe.*) ¡Cerrada!

GNACIA.—No, no puede salir. No yo tampoco. (*Se acerca a puerta también.*)

POLOLO.—Se ha burlado de mí. Se marchó con ese, con Lla-ve.

GNACIA.—(*Mirando por el ojo de la cerradura.*) No, la llave ha dejado puesta.

POLOLO.—Pues es una bromita muy pesada. Y Perico me las gará; yo que venía tan contento... Ví un cartel en mi fon-: "Mari, en Pamplona", me dije: y yo libre esta noche, ¡la n combina! Porque también podía haber venido sola.

GNACIA.—¡Caballero, mire usted con quien habla!

POLOLO.—(*Descarado.*) Eso, eso estoy mirando. Que no es ted tampoco ninguna tontería. (*Acercándose a Ignacia como ra abrazarla.*) No es usted una niña, pero vamos...

IGNACIA.—(*Huyéndole.*) Usted está bebido.

POLOLO.—No digo que no. Aquel coñac... (*Sigue en su in-nto de abrazarla.*) Y qué ocasión como ésta. Solos y ence-rdos...

IGNACIA.—¡Sinvergüenza! (*Le da un empujón para rechazar-y Pololo cae sentado sobre la silla en que quedó el lso de Maribel.*)

POLOLO.—(*Levantándose y cogiendo el bolso. En tono natu-l.*) ¿Qué es esto?

IGNACIA.—(*Asustada por el nuevo conflicto.*) ¡Adiós!

POLOLO.—Hombre, un bolso como el de mi novia...

IGNACIA.—(*Vivamente, queriéndoselo quitar.*) ¡Traiga

POLOLO.—(*Examinando el bolso con asombro.*) Su cc Sus cifras... ¿Qué hace este bolso aquí?

IGNACIA.—Le juro que se engaña.

POLOLO.—¡Si se lo compré yo! (*Lo abre, lo registra, de él un retrato pequeño.*) Mi retrato. ¿Qué dice usted

IGNACIA.—(*Azoradísima.*) Cambiaríamos de bolso en e

POLOLO.—(*Saca el telefonema del primer acto.*) ¿Un nema?

IGNACIA.—Don..., don Pololo, ¡por lo que usted más

POLOLO.—(*Luchando con Ignacia que intenta quitárselo el telefonema y lee:*) "Mari Belle... Imposibe tomar pa Ay, ay lo que se me está ocurriendo...

IGNACIA.—Juro a usted...

POLOLO.—Su jaqueca... Mi encierro... Porque ella e capaz... (*Andando por el cuarto como si buscase algo*

IGNACIA.—¿Qué busca?

POLOLO.—(*Descorre ambas cortinas y vé, colgados, e brero y el vestido de Maribel.*) ¡Esto! Su vestido, su s ro... ¡Soy su novio, su novio oficial! No puedo co tal locura! (*Vuelve a la puerta y empieza a dar pata ella para forzarla y abrirla.*) ¡Maldita puerta!

IGNACIA.—(¡Si no llega a cerrar!)

JAVIER.—(*Desde el pasillo.*) ¿Se puede? (*Golpea con l dillos.*)

IGNACIA.—(*Muy asustada al oir la voz de su marido.* sús!)

POLOLO.—¡Abra quien sea! La llave está en la cerradu

IGNACIA.—(*A media voz.*) ¡Mi marido! ¡Nos mata!

POLOLO.—(*Muy asustado también y poniendo sus ma la puerta para que no abra Javier.*) ¡No! ¡¡No abra!!

(*Ignacia corre a esconderse en el cuarto-vestuario. también muy rápido.*)

JAVIER.—(*Abre la puerta y sale a escena. A Pololo, qu puja contra él y los ACOMODADORES 1.º y 2.º, que ap también detrás de Javier.*) ¿Dónde va usted?

POLOLO.—(*Esquivando a todos, corre hacia el pasill tando.*) ¡A armar el cisco padre!

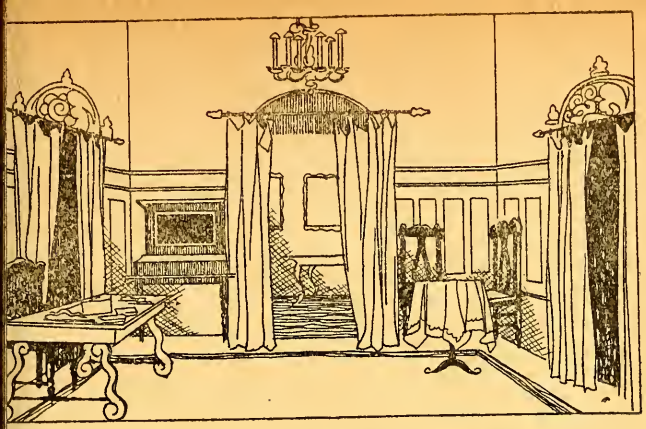
ACOMODADOR 1.º—¿Qué cesta hay que llevar?

JAVIER.—Vengan. (*Descorre la cortina del cuartito pa ñalarles la "corbeille" y encuentra escondida a su mujer.*)

bradísimo, coge a Ignacia de las dos muñecas. Los Aco-
ores, entre tanto, cogen la cesta de flores y se la lle-
¿Encerrada con él?
CIA.—(*Procurando desasirse.*) ¡Quita, imbécil! ¿No ves
a borracho?
.—(*Sale corriendo azoradísima.*) ¡Pololo!, ¡por ahí! (*A*
a.) ¡Corra!
CIA.—¡Que no me deja, doña Rita!
a coge por detrás a Javier forcejeando para que suelte
cia.)
ER.—(*Se vuelve asombrado, pero sin soltar a Ignacia.*)
Rita, Toinette?
.—¡Y que va como un toro!
oye dentro y tejano el toque de clarín y timbales para
da del toro en la plaza.)
CIA.—(*Ha logrado desasirse y corre a la puerta. Al llegar*
, inmediatamente después del toque anterior, se oye,
n lejano, rumor de ruidos y voces que provienen del
del teatro. Ignacia se detiene un momento aterrada.
a.) Es tarde, ¿no oye?
.—(*Aterrada también suelta a Javier y cae desmayada*
sillón.) ¡Catastrófico!
ER.—(*Al verse libre corre hacia Ignacia, asiéndola de*
) ¿Me explicarás?
CIA.—(*Le separa bruscamente de un empellón.*) ¡Qué te
lique Rita! (*Escapa, corriendo, por la puerta del foro.*
la sigue.)

TELON MUY RAPIDO

MERLO.



ACTO TERCERO

pacho amueblado con buen gusto, en la casa de los Bera-
di. Sobre una mesa-ministro, una caja de cigarros puros. Puerta
foro, que comunica con un pasillo, y dos laterales; junto a la
primera, en la pared, un botón de timbre. Es de día

SA y MENENDEZ entran hablando por el foro. Rosa es una doncella de buena casa, pizpireta y bonita.

OSA.—Pase, si quiere, aunque le aseguro que el señor no
en casa.

ENENDEZ.—Le esperaré, pero abajo, en las oficinas del Ban-
me han dicho que subió.

OSA.—Y volvió a salir a la calle. (*Mirando hacia el pasi-*
) Mire usted, ahora llega.

AVIER.—(*Por el foro, con aire de hallarse preocupado. Som-
ro puesto, que se quita al entrar en la habitación y da a
sa, la cual se retira por el foro.*) Hola, amigo Menéndez.
ue le trae por aquí?

ENENDEZ.—Hablarle unos minutos..., si no le molesto.

AVIER.—Hombre, eso nunca. Ya sé lo que es la Prensa. Y
e el nombre lo dice: una máquina para exprimir. Exprí-
me usted.
(*Se sientan ambos.*)

ENENDEZ.—Siempre tan bromista...

JAVIER.—(*Con amarga ironía.*) La satisfacción me re
(*Le ofrece su pitillera.*) ¿Un pitillo?

MENENDEZ.—Gracias. (*Fuman ambos.*) Comprendo muy
el disgusto de ustedes por el lamentable incidente de a
en el teatro.

JAVIER.—Muy lamentable, sí.

MENENDEZ.—Se oye el toque de la salida del toro... u
joven que irrumpe en escena y se arroja sobre la hij
corregidor... Este, que le abre la cabeza de un garrotazo

JAVIER.—Lamentabilísimo.

MENENDEZ.—Y lo peor, las derivaciones que han surgi
que pueden surgir...

JAVIER.—(*Haciendo como que no entiende.*) ¿Derivacion

MENENDEZ.—No se me haga de nuevas, don Javier. I
todo.

JAVIER.—(*Alarmado.*) ¿A qué llama usted todo?

MENENDEZ.—Sé, por ejemplo, que hasta las cuatro de
madrugada no han salido ustedes del Gobierno civil. U
sí; su señora, Luisita Aznar, el padre de ésta, la condesit
Alcaraz...

JAVIER.—(*Levantándose de un salto.*) ¿Eh?

MENENDEZ.—(*Levantándose también y con mucha calma.*
condesita de Alcaraz y su respetable tía, la señora viud
Alvarez del Moscoso, alias *Toinette.*

JAVIER.—(*Se pasea muy nervioso.*) Nada, lo que me
Porque saberlo un periodista, saberlo todo el mundo. E
dículo, el escándalo... ¡Nos hemos lucido!

JAVIER.—Mal concepto tiene usted de mi discreción. Yo,
venía...

JAVIER.—(*Vuelven a sentarse.*) Pero, digame, ¿por quién
enterarse? Porque el Secretario del Gobierno me dió su
labra...

MENENDEZ.—El Secretario ha hecho honor al nombre d
empleo. Quiero decir que les ha guardado a ustedes el sec
Y en la Comisaría de Vigilancia, lo mismo. Pero los peri
tas, mi querido amigo, tenemos otras fuentes de informació

JAVIER.—¿Cuáles? Yo mismo—se lo puedo jurar— hast
una de la noche creia firmemente...

MENENDEZ.—(*Bajando algo la voz.*) Lo sé. Bastaba ver lo
tusiasmado que estaba usted con la pseudo artista...

JAVIER.—Y bien, hablemos claro. Si usted me promete c
en su periódico, *silenciar*—¿no se dice ahora así?— en su
formación de esta tarde eso que no sé cómo ha podido

. La publicidad de mi casa de banca es una partida preciable en las cuentas de administración de *La Voz* que aun pudiera aumentarse...

NDEZ.—(*Tono de protesta.*) Don Javier...

R.—Por el contrario, si en vez de ayudarnos a echar este asunto, contribuyen ustedes a ponernos a todos en a...

NDEZ.—No se me suba usted a la parra, señor de Be-i.

R.—¡Qué subirme a la parra! ¿No le digo que donde ba era en la higuera? Ha sido una ligereza, una dia-e una muchacha medio loca, acostumbrada por su gran a satisfacer todos sus caprichos. Y ahora mi mujer, condescendencia, y yo por tabla... Porque, ¿en dónde ni seriedad? Hablo de mi seriedad profesional, finan-

NDEZ.—(*Sonríe.*) Comprendido.

R.—Salir con semejante farsa en una función orgaiza-mparo de nuestro nombre... (*De pronto.*) ¡Calle! ¿Us-ha sabido todo por Pololo? Vamos, por...

NDEZ.—Ya, ya... Por Policarpo Montesa.

R.—¿Se llama Policarpo? ¡Bonito nombre! ¿Ve usted? e más que yo.

NDEZ.—Mas no por él directamente. Cierto que anoche nés y yo fuimos a verle en la Casa de Socorro... Y por ¡vaya churriazo que le largó con su vara de alcalde o de Ramuncho!

R.—Otra complicación: que sea un criado mío... Y gra-que espero que la cosa no pase al Juzgado...

NDEZ.—Y bien, cuando vimos al herido, no podia ha-contarnos nada. Acababan de darle tres *puntos* y se en estado de *coma*. Postradísimo. Pero antes de la egún me contó el médico, deliró mucho, hablando de ia, de una suplantación, de la salida del toro y de su ó. No sé si de su encierro o del del toro.

R.—Todo, todo tiene su explicación.

NDEZ.—El médico opinaba que él, aparte del delirio, ía estar muy bien de la cabeza.

R.—¿Y cómo iba a estar bien de la cabeza con aquel zo?

NDEZ.—Que no lo estaba ya antes de recibirlo. Que se algo "alegre"...

R.—(*Vivamente.*) ¡Ah, sí! Borracho perdido. Eso, eso

es lo que deben ustedes recalcar, si dicen algo del inte
de agresión a la *artista*... Aunque lo mejor sería que no
jesen nada. Nada de nada.

MENENDEZ.—No obstante, algo tenemos que decir. La c
ha sido tan pública y de tanto bulto... Sin contar el que
le forme a Pololo.

JAVIER.—Pues al menos que no lo *hinchen* ustedes más

MENENDEZ.—Escúcheme con calma, don Javier. En otra
bitación de la casa de socorro, en la que estaban sobre u
mesa los objetos de pertenencia del herido, que éste lleva
en sus bolsillos, tropezó mi vista con el presente telefonem
(*Lo saca del de su americana.*)

JAVIER.—(*Levantándose y precipitándose sobre el pape*
¡Caray! ¿A que es el que Ignacia buscaba tanto anoche? (
coge y lee para sí. Menéndez se levanta.) Uno en francés.
¡El mismo!

MENENDEZ.—Yo lo leí. Cometí esa indiscreeción periodís
ca, lo confieso. Y como está suscrito por la artista Maril
y dice bien claro que no podía venir para tomar parte en
función, yo, para que este despacho no fuese a parar a otr
manos, perjudicando a ustedes, algún *día*..., decidí hace
noche.

JAVIER.—(*Buscando y apretando la mano del periodist*
Gracias, Menéndez, gracias. Es usted una persona discreti
ma y un excelente amigo. (*Se guarda el telefonema y, de
caja de cigarros puros, le va dando varios.*) ¿Se le acabó
pitillo? Fume un puro. Y otro para después de almorzar...
para la comida... (*Se los mete a la fuerza en el bolsillo.*)

MENENDEZ.—Gracias, gracias... Relacionando el texto
ese telefonema con el extraño delirio de Pololo; viendo, m
tarde, la prolongada estancia de ustedes en el Gobierno civ
fuí atando cabos, y llegué a dar con "todo el argumento
cantables de la obra"

JAVIER.—¿Pero y los nombres de los actores?

MENENDEZ.—Esos acaba de dármelos el *chauffeur* de la pr
tagonista.

JAVIER.—El diablo son ustedes.

MENENDEZ.—Yo sabía la avería del auto. En un Pamplo
no es difícil dar con el paradero de un coche en reparació
y como el *chauffeur* no tenía para qué ocultarme el nombre
su ama...

JAVIER.—Nada, que su información es completísima. (*C
ironía.*) Le felicito, amigo.

MENENDEZ.—Tengo, como ve, los datos para un reportaje ñón". Y que iba a caer como una bomba.
AVIER.—(*Aun inquieto.*) Pero usted...
MENENDEZ.—(*En tono de cariñosa reconvención.*) Si renun- a tal éxito ¿se convencerá usted de que la discreción y culto a la amistad no están reñidos con la profesión del iodismo?
JAVIER.—(*Muy efusivo.*) Es un sacrificio que yo sabré agra- er en cuanto vale. (*Transición.*) ¿Navascués no sabe nada esto? ¿De la... sustitución de la artista francesa? Es lo que tamos de evitar a toda costa...
MENENDEZ.—Pueden estar tranquilos. "El Eco"—no lo ig- ra usted—nunca tiene tan buena información como ños- os. Es más, vive de copiarnos. Aquello que "La Voz" no a, "El Eco" no lo puede reproducir.
JAVIER.—(*Riendo.*) Es una ley física.
IGNACIA—(*Por la izquierda. Da la mano a Menéndez.*) Me en- é de que se hallaba aquí... (*Cambio de miradas con Ja- r.*) Y aunque tú ya supongo...
MENENDEZ.—Cuenten, señora, con mi discreción y con mi encio.
IGNACIA.—No es por nosotros, ni aun por la Junta. No. Es ra que esa pobre artista no sufra perjuicio en su carrera.
MENENDEZ.—(*Sonriendo y mirando también a Javier.*) ¿Esa ista...?
GNACIA.—Claro, hombre... Marie Belle.
MENENDEZ.—¡Ya, ya!
IGNACIA.—Al fin el incidente, a no ser por el lugar tan pú- co en que ocurrió, no tiene la menor importancia.
MENENDEZ.—No dirá eso Pololo.
JAVIER.—(*Sacando del bolsillo el telefonema y dándoselo a nacia.*) Toma, mujer. El telefonema que con tanto empeño scabas anoche.
IGNACIA.—(*Azorada y mirando a Menéndez.*) Pero...
JAVIER.—No temas. Precisamente es este buen amigo quien s lo trae.
MENENDEZ.—(*Despidiéndose.*) Repito que por mí nada se sa- á. (*Medio mutis.*) ¡Ah! (*A Ignacia.*) Y póngame a los pies esas señoras; de Maribel Alcaráz y de su tía. Ya sé que tán aquí.
IGNACIA.—(*Muy apurada.*) ¡Jesús!
JAVIER.—(*Tocando el botón del timbre, acompañando a Me- ndez hacia el foro y metiéndole, a la fuerza, otro puñado*

de puros en el bolsillo del pecho.) Reconocidísimo. (*Se ve pasar a Rosa por el corredor. Vase Menéndez.*)

IGNACIA.—¿Pero entonces, este hombre lo sabe todo?

JAVIER.—(*Volviendo al proscenio.*) Todo. Y Dios quiera que no lo sepa o que no se lo figure nadie más.

IGNACIA.—¡Y cómo pudo!...

JAVIER.—Ya te contaré. Dime tú antes. ¿Las pobres pudieron dormir algo? ¿Están más tranquilas?

IGNACIA.—Un poco. Y se muestran más agradecidas...

JAVIER.—¿Porque las hayamos traído a casa? Sabiendo yo qué clase de personas eran, y al ver su excitación y su disgusto era lo natural. Aquí, siquiera, y mientras de la Comisaría las autoricen a marcharse, no están expuestas como en un hotel...

IGNACIA.—María Isabel, la condesita—vengo ahora de su cuarto—, pasada aquella tremenda excitación de esta madrugada, se encuentra ahora aplanada, deshecha...

JAVIER.—La natural reacción en esos caracteres vehementes y exaltados. ¿Y la cacatúa?

IGNACIA.—(*Muy sorprendida.*) ¿Qué?

JAVIER.—La tía. Es una broma que tuve con Aróstegui.

IGNACIA.—Doña Rita parece una infeliz, es una especie "de carabina familiar", marca Ambrosio. Ahora trataba en vano de disudir a su sobrina de su nuevo proyecto.

JAVIER.—¿Otro proyecto? ¡Dios nos coja confesados!

IGNACIA.—No. Precisamente el de ahora es de carácter místico. Dice Maribel que si no puede evitar el escándalo, si la gente se entera, al fin, de todo, que no le queda más recurso que meterse monja.

JAVIER.—¿Monja?

IGNACIA.—Y, ¡si vieras...!, lo decía con una unción...

JAVIER.—Indudablemente, esa muchacha no está en sus cabales. Y no de otro modo se explica su diablura de sustituir, perteneciendo a familia tan noble y conocida, a una cupletista de ese género.

IGNACIA.—(*Con intención.*) Género que anoche no te parecería nada mal.

JAVIER.—Pues si vamos a cuenta, tú también, encerrada con Pololo...

IGNACIA.—Ya sabes por qué fué, majadero. (*Transición.*) En fin, a lo que importa. ¿Pudiste hablar con el gobernador.

JAVIER.—De verle vengo.

IGNACIA.—¿Y qué te ha dicho?

RITA.—(*Por la izquierda, seguida de Maribel. Han oido las últimas palabras de la escena anterior; llevan los vestidos del primer acto, sin sombreros.*) Eso, ¿qué le ha dicho el gobernador, señor de Beramendi?

MARIBEL.—(*Habla, naturalmente, sin acento extranjero.*) ¿Prohibirá que se telegrafie lo ocurrido?

JAVIER.—Aunque soy buen amigo de nuestra primera autoridad civil, ya les advertí que nuestra pretensión no era tan sencilla...

MARIBEL.—¡Qué ha de ser! Bien lo comprendo yo.

RITA.—Resumen: ¿que la cosa no tiene arreglo?

IGNACIA.—¿Por qué no, señora?

JAVIER.—Precisamente, el secretario se hallaba en su despacho, y acababa de enterarle de todo. Esto es, de quienes son ustedes. De cuanto tuvo que salir a luz, cuando les pidieron sus pasaportes franceses en la Comisaría.

RITA.—(*A Maribel, muy enojada.*) ¡El lío en que nos ha metido esta chiquilla!

MARIBEL.—(*En tono místico.*) Dios lo ha querido así. Cúmplase su divina voluntad.

RITA.—¡Qué va a querer eso!

MARIBEL.—(*Transición brusca.*) Y el caso es que sin el danzante de Pololo... ¡qué digo danzante!... algo peor.

IGNACIA.—¿Pero el asunto pasa o no al Juzgado? Para mí eso es lo principal.

JAVIER.—Creo que he logrado que no pase

RITA.—No es poco conseguir. (*Se sientan todos.*)

JAVIER.—Delante de mí telefoneó el gobernador a la casa de socorro. El herido está mucho mejor. No tiene fiebre. El médico ha asegurado que lo cura...

RITA.—¡Qué locura, Dios mío! Si parece que me lo daba el corazón.

JAVIER.—Es decir: que lo cura enseguida si no se presentan complicaciones.

RITA.—¿Le parecen a usted pocas complicaciones?

JAVIER.—En los telegramas dando parte a Gobernación y a la Dirección de Seguridad ha ido cifrado todo lo referente a los nombres. Lo malo aquí es lo que puedan telegrafiar, o hayan telegrafiado ya a toda España, las agencias de prensa. Porque aunque sólo hablen del intento de agresión contra la que todos creen una artista francesa, de ahí puede salir lo demás.

RITA.—Por eso interceptar los telegramas. Era lo que p
díamos...

JAVIER.—Dice el gobernador que no siendo un asunto
orden público...

RITA.—¿Y no podía ser de orden... del gobernador?

MARIBEL.—¿Y de Ramuncho, qué hacen? Sentiría más q
le pudiera traer algún perjuicio el haber salido a mi d
fensa...

JAVIER.—No. Le pondrán ahora en libertad. He respondi
yo por él.

IGNACIA.—(*Riendo.*) Bien hecho. Si es él el que respond
no le entienden.

RITA.—¿Y va a venir por la calle con el traje de correg
dor? ¿Con la capa y el sombrero de tres picos? Le van a ap
drear.

IGNACIA.—Ahora me ocuparé yo de que le lleven la ropa.

MARIBEL.—(*Preocupada.*) El caso es que si circulan esos t
legramas, por tratarse de una artista francesa, copiarán
noticia los periódicos de París. Y si llega a Amiens, a oídos
de ella, se apresurará a decir—y con razón—que no vino
Pamplona.

RITA.—Aquí de tu libro de cheques. ¿No decías ayer...?

MARIBEL.—(*Vivamente.*) Tienes razón. En cuanto nos deje
marchar y el auto esté arreglado...

RITA.—¡Adios! Me veo camino de Amiens.

MARIBEL.—Compraré su silencio en lo que me pida.

IGNACIA.—(*Sonriendo.*) Y entonces, ya no tendrá usted q
meterse monja.

MARIBEL.—Eso es cuestión aparte. Aunque, a fuerza d
mostrarme pródiga, lograse evitar el escándalo...

JAVIER.—(*Riendo.*) ¡Hombre! "El Escándalo" y "La Pr
diga"...

RITA.—(*Idem.*) Y hasta "El sombrero de tres picos".

MARIBEL.—Pero de todos modos, no. No desisto de mi id
del claustro. (*Vuelve al tono místico.*) Veo que Dios Nuestr
Señor quiere trazar a mi vida este nuevo camino.

RITA.—Ayer te trazaba el camino de las varietes. Hoy
del claustro... ¿Tú crees que Dios es algún jefe de Obra
Públicas?

MARIBEL.—No te burles, tía. Mi vocación es algo muy seri
El desengaño sufrido en mis amores con Pololo es lo que ac
ba de decidirme. ¡Un muchacho con el que hace hoy ya tr
semanas que estaba en relaciones!

IGNACIA.—Sin embargo, ayer mismo decía usted lo poco le importaba el amor de Pololo...

MARIBEL.—Sí, pero el chasco es tremendo. Saber que en os veinte días en que se me mostraba tan enamorado en arritz, estaba metido en semejante lío... Y luego lo del matrimonio de conveniencia"... "De convenieneia para él"... *Ignacia.*) Usted lo oyó. Ni sé como pude contenerme...

IGNACIA.—Bien; de eso no hay duda: de que no es un ma- monio de conveniencia... para usted.

MARIBEL.—Mi felieidad, créame, está en la vida religiosa. paz, la renunciación, el sacrificio... La doncella de usted— y lista y muy simpática—me hablaba ahora de un con- to de franciscanas que hay aquí, en Pamplona.

IGNACIA.—Sí. "Las blancas". **Son misioneras que van a Chi-** y al Japón...

MARIBEL.—(*Entusiasmada.*) ¡Qué bonito! Y que en esos pai- no hemos estado aún, ¿verdad, tía?

RITA.—Bueno, pero eonmigo no cuentes. A Amiens, pase. ro a la China, no... ¡Y de misionera! ¡A la China no voy!

JAVIER.—(*Riendo.*) Realmente, esta algo lejos.

RITA.—¡Hasta ahí podían llegar las bromas!

MARIBEL.—A Pololo le enviaré, despidiéndole, la carta que rece. (*Tono místico.*) Después volveré mi pensamiento a os. Me meteré blanca... (*Nueva transición.*) ...Pero, antes, él le pongo verde. (*A Ignacia.*) ¡Qué hombres, señora! To- s cortados por el mismo patrón.

IGNACIA.—(*Mirando de reojo a Javier.*) Es un bazar de ropa recha.

JAVIER.—(*Mirando su reloj y se levanta.*) Va a dar la una. hora en que suelen ir los corresponsales a teléfonos. Si pudiese convencer...

IGNACIA.—Hombre, sí. Que no lo digan al extranjero.

RITA.—Y, sobre todo, a Amiens.

JAVIER.—Vuelvo en seguida. (*Al ir a salir por el foro, se iza en la puerta con Luisita.*) Hola, Luisita. Aquí las tie- a todas. (*Vase.*)

LUISITA.—(*Saludando a las tres y refiriéndose con el gesto la marcha de Javier. Vestido y sombrero de calle.*) ¿Qué? ay algo nuevo?

IGNACIA.—No. Va ahí al lado. A Teléfonos.

LUISITA.—(*A Rita y Maribel.*) Esta visita tan matinal es pa- ustedes. (*Se sienta.*)

RITA.—Mil gracias, hija mia.

LUISITA.—(*A Maribel.*) ¿Más tranquila, verdad?

MARIBEL.—Un poco, pero no dormí apenas.

LUISITA.—Pues yo, al salir con papá de la Comisaría me acosté un rato. Tampoco pude, casi, pegar los ojos.

MARIBEL.—El caso es que todos ustedes no pueden estar más alegres. (*A Ignacia.*) Su marido, ahora, vuelve a salir.

IGNACIA.—Bien empleado, si conseguimos que no se sepa.

MARIBEL.—Se sabrá, señora, se sabrá. Bien comprendo que es inevitable.

IGNACIA.—Y, en último caso, ¿qué? No es ningún crimen.

LUISITA.—Pues es claro, condesa, no se deje abatir.

MARIBEL.—Por Dios, no me llame condesa. Maribel. Es decir... tampoco. Ya aborrezco ese nombre. Isabel, o María Isabel. En tanto elijo el que habré de llevar en religión...

LUISITA.—(*Muy asombrada.*) ¿Cómo?

MARIBEL.—Sí. Dejo el mundo. Estoy tan desengañada de la vida...

RITA.—La vena mística. ¿Hoy es martes? Hasta el viernes. Ya otra vez no sé dónde se quiso quedar en un convento de Reparadoras. Pero era sólo porque le gustaba mucho el hábito.

IGNACIA.—(*Riendo.*) Y eso que dicen que... "el hábito no hace al monje".

RITA.—Pero alguna vez hace a la monja.

MARIBEL.—(*A Ignacia.*) Por cierto. ¿Cómo es el de las blancas? Porque si fuese así, todo blanco, sí me decidiría.

RITA.—¿Ve usted? Valiente vocación. (*Se levanta.*)

ROSA.—(*Por la puerta de la derecha, a Ignacia, en tono misterio.*) Señora...

IGNACIA.—¿Qué?

ROSA.—Que está aquí... Debe ser ese señorito de quien hablaban ustedes. El que descalabró anoche Ramuncho.

MARIBEL.—¿Pololo? (*Se levantan todos.*)

RITA.—No es posible.

ROSA.—Sí. Trae vendada la cabeza. Además, me ha querido sonsacar si estaban ustedes en la casa. Dos señoras forasteras, llegadas de Biarritz...

IGNACIA.—¿Y qué has contestado?

ROSA.—Que no sabía nada.

MARIBEL.—(*A Ignacia.*) Es muy lista.

IGNACIA.—¿Qué hacemos?

MARIBEL.—(*Decidida.*) Recibirle. ¡Y voy a recibirla yo!

ROSA.—(*Señalando a la derecha.*) Pasó a la sala.

MARIBEL.—(*Se dirige a esa puerta.*) Me ahorro la carta.

TA.—(*Deteniéndola.*) No vayas tú.
RIBEL.—¿Por qué?
ACIA.—Dice bien. Si la halla aquí, ¿cómo negar después
ra usted la de anoche?
RIBEL.—Pero, ¿podemos negar eso? ¿No me vió cuando
a escena?
SITA.—Se le dice que estaba transtornado, borracho...
TA.—También a mí me vió.
SITA.—Que vió visiones.
ACIA.—Dejen. Yo saldré. (*Vase por la derecha y Rosa*
l foro.)
RIBEL.—(*Cerca de la puerta de la derecha, que Ignacia*
entornada, y como si tratara de oír lo que se hable en
arto contiguo.) Pues, la verdad, siento que se me vaya
osita".
SITA.—(*En el lado izquierdo de la escena, con doña Ri-*
ero sin sentarse.) Lo que ustedes debieran hacer, en mi
ón, era volverse a Biarritz lo más pronto posible.
A.—Si nos autorizan del Gobierno civil y está arregla-
coche, en cuanto almorcemos. Estos señores, tan ama-
quieren que lo hagamos con ellos.
SITA.—Y allí, esta tarde, o esta noche, dejarse ver en
lados. Para salir al paso a cualquier rumor. ¿Me com-
e?
A.—Pues, mire. Eso es muy razonable.
SITA.—Prueban así la... ¿cómo se llama?...
A.—La coartada. En Francia lo llaman el *alibí.*
SITA.—¿El aliguí? ¡Qué raro! Aquí el del aliguí es el del

A.—No. Aquí *las del higo* hemos sido nosotras.
SITA.—Me marcho, y vuelvo luego. No me despido. (*Hace*
esto de adiós a Maribel y vase por el foro acompañán-
hasta la puerta doña Rita. Maribel sigue atisbando a la
derecha.)
A.—(*Volviendo al proscenio y acercándose a Isabel. A*
u voz.) ¿Oyes algo?
RIBEL.—(*Escuchando.*) Sí... ¿Cómo?... (*Coge a doña Ri-*
l brazo y la arrastra hacia la puerta de la izquierda.)
viene!
OLO.—(*Por la derecha, seguido de Ignacia. Trae venda-*
cabeza.) ¿Que no estaban aquí?
RIBEL.—(*Que ya llegaba con doña Rita a la puerta de la*

izquierda, se vuelve.) Pues sí estamos. (*Haciendo frente, r decidida a Pololo.*) ¿Qué hay?

IGNACIA.—(*Muy indignada, a Pololo.*) Esto es una incor ción que no tiene nombre.

POLOLO.—(*A Maribel.*) No te asustes. No se asusten uste Vengo ahora en son de paz.

IGNACIA.—Mi esposo pedirá a usted una explicación este allanamiento de morada.

POLOLO.—Y yo se las daré. Y otra explicación por lo anoche. A eso vengo. A dar explicaciones. Muchas expl ciones.

MARIBEL.—(*Muy seca.*) No hacen falta.

RITA.—Ya está todo bien claro.

MARIBEL.—Clarísimo. Hasta sus relaciones íntimas con *vedettes* francesas... Hasta su "desinteresado" amor por "Un matrimonio de conveniencia" de "conveniencia para ted"...

POLOLO.—Eso es un chisme que has oído a algún imbéc

MARIBEL.—Justo. Se lo oí a usted.

IGNACIA.—Y yo lo certifico.

POLOLO.—¿Algo que diría anoche. Pero no vieron que algo "cargado", vamos, "papalinoso". Y como iba "carga claro, me disparé. Fué un pronto por el que te pido perdó

MARIBEL.—(*Con desprecio.*) Me da usted asco.

POLOLO.—(*Alargando una mano a Maribel, que ella no ma.*) Vamos, nena, las paces... Juzgada en frío tu trave me hace la mar de gracia. Ya ves, yo que he sido burla apaleado por aquel bestia vestido de corregidor... pue me quejo.

RITA.—No le dolerá mucho.

POLOLO.—Si me duele, señora.

MARIBEL.—Pues que se alivie. Esa es la puerta. (*Señal la del foro.*)

POLOLO.—(*En tono ridículamente triste.*) Es decir: no hay solución? ¿Que tu amor se acabó? ¿Que me desp

MARIBEL.—Y mire que no le echemos de otro modo.

POLOLO.—¡Maldito viaje! Pero esto no ha de quedar Sé tu secreto. Tú pensarás lo que haces.

MARIBEL.—¡Canalla!

RITA.—¡Habráse visto!

POLOLO.—Te casarás conmigo, o no te podrás casar con die. Una señorita "bien" tomando el puesto de una a "mal"...

RIBEL.—¡Insolente!

BALA.—(*En este momento aparece en la puerta del foro iéndose allí un momento, sin que los demás, de cara al ico, adviertan su llegada.*) (¿Qué es esto?)

NACIA.—¡Ah! Si estuviese en casa mi marido...

LOLO.—(*Amenazador.*) Veremos, veremos...

l volverse, para salir por el foro, se encuentra con Zaba- ue le cierra el paso.)

BALA.—¡Alto! ¿Qué pasa aquí?

LOLO.—Nada que a usted importe

BALA.—Sí me importa. Una señora le tacha de insolente. lamenta no se halle aquí su esposo. No necesito saber para exigir a usted que ahora mismo les dé a las dos facción cumplida.

RIBEL.—Gracias, señor Zabala.

NACIA.—¡Muy bien!

RIBEL.—Déjele salir. La mayor satisfacción que puede os es quitarse de en medio.

NACIA.—(*Tocando el botón del timbre que hay en la pa.* Llamo para que le acompañen.

LOLO.—Repito que esta despedida...

BALA.—(*A Maribel.*) ¿Le despide usted de su cargo de adstrador?

LOLO.—(*Muy extrañado.*) ¿Qué?

MUNCHO.—(*Por el foro, con el traje de Corregidor, del se- lo acto, pero sin vara, capa ni sombrero.*) ¿Algo mandar frese?

OLOLO.—(*Asustadísimo y corriendo hacia la puerta de la cha.*) ¡Socorro!

TA.—(*Riendo.*) No se asuste, hombre que ahora no trae ara.

MUNCHO.—Si quieren, ahí la tengo. (*Medio mutis.*)

NACIA.—Que abra Rosa. Y quítate esa ropa.

MUNCHO.—Ahora iba a cambiar, pero ya saben, si precisa le casque otra vez... (*Asiendo una silla por el respaldo.*)

OLOLO.—¡Qué bruto!

ARIBEL.—(*Señalándole de nuevo la puerta.*) Salga, ¡vivo!

TA.—Y sale vivo por milagro. (*Pololo se va por el foro ido por Ramuncho.*)

NACIA.—El susto ha sido bueno. Todo se lo merece.

ABALA.—(*Sin entender nada.*) Pero ¿es que Ramuncho le otra vez?

NACIA.—Anoche, en "La novia del torero" ¿No estaba us- en el teatro?

ZABALA.—Pero me marché antes.

MARIBEL.—Verdad que me lo dijo. Por cierto, ¿y su a mito?

ZABALA.—Mejor, Tengo alguna esperanza.

RITA.—Entonces, ¿el señor nada sabe de todo lo ocurr

MARIBEL.—Nada, pero se lo voy a decir yo. Es un caba y ahora mismo lo ha demostrado bien.

ZABALA.—(*Con sencillez.*) Cualquiera habría hecho igu

MARIBEL.—Cualquier caballero..., pero hay tan pocos... no quiero marcharme de Pamplona sin descubrir a usted ta comedia. (*Aparte a Ignacia y Rita.*) (Y sin represe otra. ¡Váyanse!)

IGNACIA.—(*A doña Rita.*) ¿No quería usted telefonear a ller en que están reparando el coche? Venga conmigo, se (*Vanse por la izquierda doña Rita e Ignacia.*)

ZABALA.—(*Muy extrañado.*) ¿Señora? ¿Ignacia llama se a su doncella?

MARIBEL.—Ni esta es lo que usted cree ni yo tampoco.

JAVIER.—(*Entra por el foro, sin sombrero.*) Hola, Zab (*Da la mano a este.*) En el portal me crucé con Pololo, que lía corriendo. ¿Qué ha pasado?

MARIBEL.—Su señora se lo contará. Está con mi tía, blando por teléfono.

ZABALA.—(*Cada vez más asombrado.*) ¿Su tía?

JAVIER.—(*Medio mutis por la izquierda.*) Traigo buena im sión y creo que no tendrán ya que ir a Amiens. Por la P sa, al menos, no ha de saber nada la verdadera Marie B (*Vase.*)

ZABALA.—¿La verdadera Marie Belle?

MARIBEL.—Y bien, ya lo sabe usted. Yo no soy Belle apellido, ni soy Mary de nombre. Ni soy artista, ni soy fr cesa. (*Se sientan.*)

ZABALA.—No vuelvo de mi asombro.

MARIBEL.—Esa vedette avisó, a última hora que no po venir a tomar parte en la función. Yo, para salvar del co promiso a las señoras de la Junta, y en atención al fin be fico de aquella...

ZABALA.—Pero, entonces, ¿quién es usted? Porque yo...

MARIBEL.—Lo comprendo. Está usted hecho un lío. (*Tr sición.*) Pues yo soy una pobre muchacha. Eso es: una po muchacha... Y una muchacha pobre.

ZABALA.—(*Admirado.*) Entonces, lo que usted ha hecho algo realmente extraordinario.

MARIBEL.—¿Usted cree?

ZABALA.—Algo notabilísimo. Desempeñar a la perfección esa tan difícil...

MARIBEL.—Yo, ¿sabe usted?, me he educado en Francia.

ZABALA.—Pero, en fin, el caso es que usted no es una artista..., no es una profesional de la escena...

MARIBEL.—(*Santiguándose. Tono místico.*) ¡Ave María Purísima! ¡Que he de ser yo una cosa tan mala!

ZABALA.—¿Mala? Según... Pero, vamos, que no me alegro un poco de que usted no lo sea.

MARIBEL.—(*Con un poco de coquetería.*) Y ¿por qué?, si se puede saber...

ZABALA.—Por nada. Porque era un dolor que una joven que vale lo que usted...

MARIBEL.—(*Bajando los ojos.*) Es usted muy amable...

ZABALA.—Lo dicho; que me alegro muchísimo.

MARIBEL.—Yo soy una muchacha muy formal, Ya ve usted, voy a meterme monja...

ZABALA.—¿Monja? ¡Qué barbaridad!

MARIBEL.—(*Indignada.*) ¿Cómo?

ZABALA.—Quiero decir: ¡Qué pena!

MARIBEL.—¿Ahora pena? Antes alegría...

ZABALA.—Efectos ambos de una misma causa. Alegría de que no sea usted una artista frívola y ligera. Pena de que quiera encerrarse en un claustro una muchacha tan bonita...

MARIBEL.—Gracias.

ZABALA.—Tan distinguida...

MARIBEL.—Muchas gracias...

ZABALA.—Tan inteligente...

MARIBEL.—Entonces, ¿usted cree que no pueden ser monjas más que las feas, las tontas y las cursis?

ZABALA.—No digo eso. Pero no puedo menos de pensar que usted hubiese podido hacer feliz a cualquier hombre.

MARIBEL.—¿Los hombres? ¡Los odio! ¡Los detesto!

ZABALA.—Acabáramos.

MARIBEL.—¿Qué?...

ZABALA.—Su vocación es hija de algún desengaño amoroso. Ese joven... sin duda.

MARIBEL.—¿Cual?

ZABALA.—El que salía de aquí. Porque no es su secretario ni su administrador.

MARIBEL.—Desgraciadamente, nada tengo que administrar. A duras penas, y merced a la ayuda de doña Ignacia, y de

otras caritativas señoras, sus amigas—las mismas que n visten—, he podido reunir lo que iba a servir para mi ajua y con lo que ahora pagaré mi dote en el convento.

ZABALA.—¡Dale con el convento!

MARIBEL.—En cuanto a ese joven, sí, me hizo el amor po que me creyó rica. Mejor informado después...

ZABALA.—¡Parece mentira!

MARIBEL.—¿Qué quiere usted? Está el mundo tan met lizado...

ZABALA.—Sin embargo, él ha vuelto a buscarla, puesto qu usted le despedía...

MARIBEL.—(*En actitud cómicamente trágica.*) No quiera s ber con qué miras me buscaba ahora.

ZABALA.—(*Indignado.*) ¡Ah, granuja!

MARIBEL.—No lo tome usted tan a pecho.

ZABALA.—Si es que es incomprensible. Lograr el cariño hon rado de una mujer como usted...

MARIBEL.—Yo soy una mujer insignificante. (*Transición, s levanta.*) Ahora ya se fijó mi vida. ¡Dios me llama!

ZABALA.—No vaya usted. (*Se levanta.*)

MARIBEL.—¡Hereje!

ZABALA.—No, Mari, no... Bueno, Mari o como sea su nombr

MARIBEL.—María Isabel, para servir a Dios y a usted. E decir, a Dios Nuestro Señor le serviré con otro. Aún no ten go pensado...

ZABALA.—¿De modo que persiste usted en ese desatino?

MARIBEL.—(*Tono severo.*) ¡Señor Zabala!...

ZABALA.—En ese disparate. Porque disparate es encerrars en un convento, sin tener una vocación verdadera.

MARIBEL.—Eso será suposición de usted.

ZABALA.—Es una realidad. Y que meterse monja por u desengaño amoroso, ya no está muy bien. Pero en usted, n aún eso. Usted misma lo ha dicho. No hay desengaño, puest que no hubo amor.

MARIBEL.—Entonces será que hay vocación.

ZABALA.—¡Qué ha de haberla! Créame, será usted desgra ciada. Y, además, hará usted a un hombre desgraciado.

MARIBEL.—¿A quien? ¿A ese canalla? Digo, Dios me per done...

ZABALA.—A ese no; al otro.

MARIBEL.—(*Acentuando su coquetería, pero sin exagerar.*) ¿A qué otro?

ZABALA.—Al que antes he dicho que hubiese usted podido ha

r feliz. La cosa no tiene vuelta de hoja. (*Con sincera emo-*
ón.) Al hombre—alguna vez tropezará con él en la vida—
ie pueda y sepa merecer su cariño. Al hombre enamorado y
gno, que la quiera y que la comprenda.

MARIBEL.—¿Y quien va a querer a una muchacha sin un
iarto?

ZABALA.—¡Ah! ¿Es que cree usted que sólo las ricas se ca-
n? Ya le he devuelto su pregunta.

MARIBEL.—Además él, en su despecho, me amenaza con ir
ntando por ahí lo sucedido. Que suplanté a una artista;
ie he estafado al público. ¡Si es posible que hasta me lleven
la cárcel!

ZABALA.—¿A la cárcel a usted? Si lo hubiese hecho por
cro...

MARIBEL.—(*Vivamente.*) ¡Ah! ¡Eso no! Se lo puedo jurar.
o he cobrado ni una sola peseta.

ZABALA.—¿Cabe, entonces, mayor generosidad, mayor al-
uismo? Y, siendo todo por y para los niños pobres de mi
inica, ¿cree usted señorita?... (*Muy expresivo y cogiéndole*
a mano.) ¿Cree usted, María Isabel, que yo iba a dejar que
llevasen a la cárcel? (*La abraza.*)

MARIBEL.—¡Suélteme, Zabala!

ZABALA.—No, usted no cree eso.

MARIBEL.—Mire que soy, casi, una esposa del Señor.

IGNACIA.—(*Sale con doña Rita y Javier por la izquierda.*)
:h?

RITA.—¿Cómo?...

MARIBEL.—(*Desasiéndose de Zabala y dominando su turba-*
ón.) Nada. Que se empeñaba en convencerme de qué no
bo meterme monja. Se lo he contado todo, y dice que es
desatino.

JAVIER.—¡Y tanto! Porque, aunque se supiese... ¡Bah!
atro días de chismorreo, y en cuanto salga otro motivo de
nversación...

IGNACIA.—Y qué, con los millones que le sobran, figúrese
puede hacerse perdonar ésta al fin inocente chiquillada...

ZABALA.—(*Mirando fijamente a Maribel.*) ¿Los millones?

JAVIER.—Nada, nada, querida condesita. Yo voto con Zabala.
o del convento es un disparate.

ZABALA.—(*Sorprendido e indignado.*) ¿Condesa? ¿Pero usted
condesa? ¿Y millonaria?

IGNACIA.—La condesa de Alcáraz.

RITA.—(*A Maribel.*) ¿Pero no dices que se lo contaste todo?

MARIBEL.—Olvidé esos detalles.

ZABALA.—¿Casada, entonces?

JAVIER.—¡Quia hombre! Soltera, huérfana y uno de los mejores partidos de Madrid.

ZABALA.—(*A Mari-Bel, en tono muy severo.*) ¡Oh! No. Eso no está bien.

MARIBEL.—¿Qué es lo que no está bien?

ZABALA.—Lo que ha hecho usted conmigo. Burlarse de mí de esa manera...

MARIBEL.—Perdóneme. ¿No ha notado hasta ahora que yo soy muy bromista?

ZABALA.—Lo que he notado, y lo que veo, es que en las pocas horas que lleva usté en Pamplona me ha tomado por motivo de diversión. (*Mirándola de arriba a abajo.*) Quede mucho con Dios. (*Medio mutis hacia el foro.*)

IGNACIA.—¡Zabala!

ZABALA.—(*Volviéndose desde la puerta.*) El dinero, señorita, sirve para mucho, pero no lo autoriza ni lo disculpa todo. (*Vase.*)

MARIBEL.—(*Ve partir a Zabala, vuelve al proscenio y, en brusca transición a la alegría empieza a batir palmas de contento, exclamando muy de prisa.*) ¡Me quiere! ¡Me quiere! ¡Me quiere!

RITA.—(*Muy asombrada, como lo expresan también en sus rostros Ignacia y Javier.*) ¿Qué dices?

MARIBEL.—(*Muy resuelta.*) Que antes de dos meses me caso con Zabala.

IGNACIA.—¿Pero habla usted en serio?

MARIBEL.—Como no he hablado nunca. Esta tarde a Biarritz. Desde allí o desde San Sebastián, que está más cerca, le telegrafío, invitándole a almorzar para hacer las paces. Es decir, le invitamos, tía. (*A Ignacia y Javier.*) Ustedes vienen también.

IGNACIA.—¿Nosotros?

MARIBEL.—Para que vayan... y para que me lo lleven.

JAVIER.—¡Caray! ¡Qué suerte de hombre!

MARIBEL.—¡Pues y la mía! Dar, por fin, con un marido bueno, formal y enamorado... Porque de que me quiere, esto, segura. ¡Y desinteresadamente!

IGNACIA.—Por lo mismo... La fortuna de usted será siempre un obstáculo.

MARIBEL.—Si tanto le asustase, emplearemos la mayor parte de ella en hacer bien. Fundaré... fundaremos un gran hos

pital de niños pobres. El será el director; yo, la administradora; tú, tía, la enfermera mayor.

JAVIER.—(*A doña Rita.*) La veo a usted con el brazal, repartiendo tisanas.

RITA.—¡Cuando digo que está más loca que una cabra!

IGNACIA.—Con todo, le conozco muy bien, y sé, que nunca, nunca, se le declarará.

MARIBEL.—¿Y qué? Me declararé yo. Aquí están ustedes muy atrasados. ¡Si esa es la última moda!

TELON

FIN DE LA COMEDIA

LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

EDITORIAL ESTAMPA-PASEO DE SAN VICENTE, 18 MADRID

NUMEROS PUBLICADOS

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 cts.

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Cadenas y G.-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de los Hnos. Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE..., de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
42. HERNANI, de los hermanos Machado y Villaespesa.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Linares Rivas.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de Cadenas y Gutiérrez-Coig.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.

47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Vela.
LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52 MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoi.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Benavente, y SONATA, de Vla.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de González del Castillo y M. Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artis.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60 LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas.
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Paso y Estremera.
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas.
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro.
78. CUENTO DE ALDEA, de Luis Fernández Ardavín.
79. UNA MANO SUAVE, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. ¿QUIEN TE QUIERE A TI?, de Luis de Vargas.
81. ¡AL ESCAMPIO!, de El pastor poeta.
82. LO IMPREVISTO, de Francisco de Vla.
83. EL CLUB DE LOS CHIFLADOS, de Cadenas y Gutiérrez Roig.
84. LA SANTA, de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro.
85. LOS CLAVELES, de Sevilla y Carreño.
86. EL SOLAR DE MEDIACAPA, de Carlos Arniches.
87. EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE Y LA HIJA DE PALOMEQUE, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
88. EL ROSARIO, de Florencia L. Barclay y A. Bisson.
89. LA DAMA DEL ANTIFAZ, de Charles Méré, traducción de Cristóbal de Castro.
90. NOCHE DE CABARET, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
91. LA PRISIONERA, de Bourdet, trad. Cadenas y G -Roig.
92. UNA FARSA EN EL CASTILLO, de Molnar, trad. de Lepina.
93. ¿QUE TIENES EN LA MIRADA?, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
94. PEPA DONCEL, de Jacinto Benavente.
95. EL FANTASMA DE CANTERVILLE, de Oscar Wilde.
96. LA CASA DE LA TROYA, de Linares Rivas y Pérez Lugín.
97. LA NIÑA DE PLATA, de Lope de Vega, refundición de Antonio y Manuel Machado.
98. NAPOLEON EN LA LUNA, por Navarro y Sáez.
99. ADAN Y EVA, por Pilar Millán Astray.
100. LA DAMA DEL MAR, de Ibsen, versión española de Cristóbal de Castro.
101. ROMANCE, adaptación española de A. Fernández Lepina.

02. EL ABOLENGO, de Manuel Linares Rivas, y DUO, de Paoli-Masip.
03. AMO A UNA ACTRIZ, de Ladislao Fodor, traducción de Enrique de Rosas.
04. PARA EL CIELO Y LOS ALTARES, de Jacinto Benavente.
05. DON FLORIPONDIO, de Luis de Vargas.
06. EL CARDENAL, de Luis N. Parker, adaptado a la escena española por Manuel Linares Rivas y Federico Reparaz.
08. LA ARAÑA DE ORO, de Orsler y Brentano, versión castellana Cadenas y Gutiérrez-Roig.
09. LA LOBA, de Ceferino R. Avecilla y Manuel Merino.
10. ¡ATREVETE, SUSANA!, de Ladislao Fodor, traducida del ngaro por Tomás Borrás y Andrés Révész.
11. EL DIFUNTO ERA MAYOR, de Luis Manzano Mancebo.
12. HAN MATADO A DON JUAN, de Federico Oliver.
13. SIXTO SEXTO, por Antonio Paso y Antonio Estremera.
14. LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS..., por M. y A. Machado.
15. ¡MALDITA SEA MI CARA!, por Magda Donato y Antonio Paso.
16. LO QUE DIOS DISPONE, de Muñoz Seca.
17. PARA TI ES EL MUNDO, de Carlos Arniches.
18. ORIENTE Y OCCIDENTE, de W. Somerset Maugham.
19. ESTUDIANTES Y MODISTILLAS, de Antonio Casero.
20. VOLPONE, de Ben Jonson.
21. EL ALFILER, de Pedro Moñoz Seca.
22. SER O NO SER, de Rafael López de Haro.
23. MARIA VICTORIA, de Manuel Linares Rivas.
24. EL GATO Y EL CANARIO, de John Willard, traducida por a Luis Salado y F. Pérez de la Vega.
25. LA AVENTURA DE IRENE, de Cadenas y Gutierrez-Roig.
26. ¿QUE DA USTED POR EL CONDE?, de Antonio Paso y ilio Sáez.
27. MAYA, de Simón Gantillón, traducción de Azorín.
28. EL NEGRO QUE TENIA EL ALMA BLANCA, de Insúa y ver.
29. ELLA O EL DIABLO, de Rafael López de Haro.
30. EL CUATRIGEMINO, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
31. LOS TRES MOSQUETEROS, de Ardavín y Valentín de Pedro.
32. CUANDO EMPIEZA LA VIDA, de Linares Rivas.
33. ¡LA CONDESA ESTA TRISTE!..., por Carlos Arniches.
34. MANOS DE PLATA, por Francisco Serrano Anguita.
35. DE CUARENTA PARA ARRIBA..., de Antonio F. Lepina y cardo G. del Toro.
36. FABIOLA O LOS MARTIRES CRISTIANOS, de Tomás Bo-is y Valentín de Pedro.
137. PELELES, de Francisco de Viu.
138. ANFISA, de Leonidas Andreiev.
39. EL PROTAGONISTA DE LA VIRTUD, de Manuel D. Benavides.
140. EL RUISEÑOR DE LA HUERTA, de El pastor poeta.
141. ¡CONTENTE, CLEMENTE!, de Antonio Paso.
142. EL ALMA DE LA ALDEA, de Linares Rivas y Méndez de la rre.
143. EL MILLONARIO Y LA BAILARINA, de Pilar Millán Astray.
144. LA HIJA DE JUAN SIMON, de José María Granada y Neme- M. Sobrevila.
145. EL CONDENADO POR DESCONFIADO, de Tirso de Molina, reglo de los Hnos. Machado.
146. LA EDUCACION DE LOS PADRES, de José Fernández del llar.
147. LA MALA MEMORIA, de Abati y García Alvarez, y LA CIZA-A, de Linares Rivas.
148. LA ROSA DEL AZAFRAN, de Romero y Fernández Saw.
149. SHANGHAI, de John Colton, traducción de A. Mori.
150. SATANELO, de Pedro Muñoz Seca.

151. CASANOVA, de Loran Orbok, traducción de F. de Vía.
152. SEIS PESETAS, de Luis de Vargas.
153. LA SOMBRA, de Dario Niccodemi.
154. LOS POLLOS "CAÑON", de José Fernández del Villar.
155. LA MAR Y SUS PECES, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
156. LA MUJER DESNUDA, de Henri Bataille, traducción de Tulio Sarco.
157. LA CARCEL MODELO, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.
158. TRIANERIAS, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
159 EL SEPTIMO CIELO, de Austin Strong, traducción de Antonio F. de Madrid.
160. OLIMPIA, de Franz Molnar, traducción de Tomás Borrás y Andrés Revesz.
161. PAPA GUTIERREZ, de Francisco Serrano Anguita.
162 EL CRIMEN DE JUAN ANDERSON, de Annie Wisse, adaptación de Juan G. Olmedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.
163. "K-29", de López de Haro y Gómez de Miguel.
164. LA ESPADA DEL HIDALGO, de Luis Fernández Ardavín.
165. DON ESPERPENTO, de Joaquín Abati y Valentín de Pedro.
166. LA DANZARINA ROJA, de Charles-Henry Hirsch, traducción de Lepina y Burgas.
167. SIEGFRIED, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Canedo.
168. LA CALLE, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabás.
169. EL TONTO MAS TONTO DE TODOS LOS TONTOS, de Antonio Paso y Tomás Borrás.
170. EL AMANTE DE MADAME VIDAL, de Luis Verneuil.
171. LA PERULERA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
172. ¡CASATE CON MI MUJER!, de Ladislao Fodor, adaptación española de Tomás Borrás.
173. ME LO DABA EL CORAZON, de Honorio Maura.
174. LA VIEJA RICA, de Fernández del Villar.
175. PIRUETA, de Fernando de la Milla.
176. LA MARICASTAÑA, de Felipe Sassone.
177. ¡VIVA ALCORCON, QUE ES MI PUEBLO!, de Ramos de Castro y Carreño.
178. EL SEÑOR BADANAS, de Arniches.
179. LA CONDESITA Y SU BAILARIN, de Honorio Maura.
180. MONTE DE ABROJOS, de José Castellón.
181. ADAN, O EL DRAMA EMPIEZA MAÑANA, de Felipe Sassone.
182. LOS CHAMARILEROS, de Arniches, Abati y Lucio.
183. EL ALMA DE CORCHO, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
184. HAN CERRADO EL PORTAL, de Ardavín.
185. TIERRA EN LOS OJOS, de Serrano Anguita.
186. EL HOMBRE QUE SE DEJA QUERER, de Bernard Shaw.
187. TOMAME EN SERIO, de Antonio Paso.
188. LA NOCHE LOCA, de Honorio Maura.
189. MARI-BEL, de Rafael Coello de Portugal.

Gutiérrez

K-HITO, DIRECTOR

Los mejores escritores humorísticos

Concursos raros. Secciones extrañas.

24 páginas

4 colores

30 céntimos

Contra la neurastenia

Contra la hipocondría

COMPRELO USTED TODOS LOS SABADOS

LA FARSA

ESTA A LA VENTA EN LA

LIBRERIA Y EDITORIAL

MADRID

ARENAL, 9 - MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que falten para completar su colección.